

que hoy vemos empingorotados y riéndose del mundo, han empezado siendo pícaros.

—Convenido; por lo tanto, Lolo, aguántémonos por ahora. Yo me he calentado ya, y puedo aguantar de nuevo otra espera, aunque sea de dos horas. Ven y abre, que voy á colocarme en sitio desde donde yo pueda sentir á ese caballero cuando salga.

Lolo se levantó, se fué á la puerta seguido del polizonte, abrió, y el polizonte salió.

Lolo volvió á cerrar la puerta y se encaminó á la portería murmurando:

—En verdad, en verdad, que aquí hay un gran negocio. Si pudiera aprovecharlo yo sólo... ¿y por qué no? veremos. Pero para esto es necesario que yo tome mis precauciones. Ese canalla es capaz de estar atisbando por la rejilla para ver cuándo baja por las escaleras el señor encubierto, y al mismo tiempo observará la portería. Pero él no sabe que la portería tiene una puerta de escape al patio, y que por el patio se puede subir á las escaleras principales y esperar en el primer tramo. Debo dejar la luz encendida en la portería; si la apagase seria dar que sospechar. Hay que ser atrevido; el que no se atreve, no pasa la mar, y aquí debe haber mucho fondo.

Tras esto, Lolo se dirigió á una puertecilla, pasó por ella, recorrió un pasadizo, salió al patio, subió por una escalera de servicio á las galerías, llegó á la escalera principal, que estaba completamente á oscuras, y se sentó en su tramo superior.

## Capítulo VIII.

De como Margarita se sintió bajo el peso de un nuevo misterio.

Don fray Lorenzo de Velasco habia llegado, guiado por Margarita, á un salon á que pertenecia el gabinete donde estaba la alcoba en que se cuidaba á Godofredo de Armagnac.

En aquel gabinete habia dos médicos y un cirujano.

El salon y la antesala que le precedia, aunque amueblados muy de prisa, lo habian sido con gran gusto y riqueza.

Nadie habia en el salon cuando entraron en él Margarita y el padre maestro.

—Debeis tener mucho frio,—dijo Margarita acercándose á la chimenea,—sentaos.

—No,—respondió el dominico;—es necesario an-

tes de todo saber si alguien puede escucharnos.

—En el gabinete inmediato está la marquesa de Letour acompañada de dos médicos y un cirujano que cuidan de su marido.

—Es necesario despedir á esos dos médicos y á ese cirujano,—dijo el dominico.

—Me temo,—contestó Margarita,—que esto pueda saberse por el marqués y la marquesa de Esquilache.

—¿Y qué importa?—contestó el dominico.—Sospecharán; pero no sabrán de lo que se ha tratado ni quién ha venido. Entrad, hija mia, entrad y avisad á vuestra abuela.

—¡Mi abuela!—exclamó sorprendida Margarita.

—Sí, hija mia, sí, vuestra abuela; y á propósito de este parentesco vuestro con ella, vengo ha hablarla, como asimismo á su marido.

Margarita, toda sorprendida, toda impresionada, entró en el gabinete.

En él, sentada junto á una chimenea, y en silencio, estaba Giovaneta ó doña Juana, como mejor que ramos.

A alguna distancia de ella, y un tanto adormilados, habia dos hombres decentemente vestidos al estilo de la época y con sus peluquines empolvados.

En medio del gabinete, que era grande y ricamente amueblado, habia un velador, y sobre él algunas redomas y algunas botellas con medicamentos, una caja de cirujía y un gran quinqué, única luz que con el reflejo de la chimenea alumbraba el gabinete.

En un ángulo habia un gran lecho con colgaduras de seda oscuras.

En aquel lecho dormitaba, dominado por la fiebre causada por la herida, Godofredo de Armagnac.

Junto al lecho, sentado en un sillón, apoyadas las dos manos en un bastón, y observando atentamente al herido, habia otra persona, también decentemente vestida, con su peluquín empolvado y rabinioso.

Era uno de los médicos, que estaba, por decirlo así, de centinela.

Se cuidaba bien, cuanto era posible, á Godofredo de Armagnac.

Margarita entró silenciosamente.

Se acercó á Giovaneta, y la habló al oído.

Giovaneta se levantó y siguió á Margarita, saliendo con ella al salón, donde se paseaba, encubierto siempre, el dominico.

Al sentir á las dos señoras se volvió, y sin descubrirse dijo á Margarita:

—Amiga mia, os suplico mostreis á la señora marquesa de Letour el estuche que os ha sido entregado, y que no me habeis devuelto.

—Perdonad,—contestó Margarita;— ha sido un olvido.

Y sacó el estuche, le abrió y mostró la medalla á Giovaneta.

Esta se estremeció ligeramente, y miró con ansiedad al dominico.

Margarita le devolvió el estuche.

—Estoy á vuestras órdenes,—dijo Giovaneta.

—No se trata de órdenes en cuanto á vos, mi bella marquesa,—contestó el dominico;—en cuanto á vuestro marido, podrá ser otra cosa; podrá suceder se le ordene algo, obedecer lo cual convendrá mucho á su salud. Hemos sabido que está gravemente postrado á consecuencia de una herida dada no se sabe por quién, y se me ha enviado para cuidar de él. Pero aunque yo conozco profundamente la medicina y la cirugía, no las ejerzo sino en secreto; por lo mismo, y como pudiera suceder estuviese muy de peligro el señor marqués de Letour, y no se debe perder tiempo, os suplico, señora, hagais salir á esos dos médicos y á ese cirujano; haced, en fin, que yo pueda quedarme solo con el marqués de Letour.

—No sé de qué pretexto valerme,—contestó Giovaneta;—pero en fin, veremos. Os suplico espereis un momento.

—Y yo á mi vez os suplico,—contestó el padre maestro, —me oculteis en alguna parte donde no puedan verme al salir esos señores.

—¡Oh! venid,—dijo Margarita.

Y por una de las puertas del salón condujo al dominico á un gabinete que la pertenecía exclusivamente.

—Y bien,—la dijo el dominico,—¿estais dispuesta á casaros con el conde de la Salmedina?

Al decir esto, el dominico se habia desembozado, y se habia quitado el sombrero y el antifaz.

Margarita se puso levemente pálida, y miró de

una manera profunda al dominico, que se le hizo simpático.

—Habeis hablado de esto, ¿con quién?—preguntó Margarita, que era naturalmente reservada.

—El conde de la Salmedina, que es de los nuestros, y yo, hemos hablado largamente,—contestó el dominico

—Hay grandes dificultades,—contestó Margarita.—¿Quién soy yo? ¿de dónde vengo? ¿qué nombre puedo unir al de Salmedina?

—El de princesa de Otranto hoy, y mañana, tal vez pronto, el de marquesa de Letour.

—Pero esto no es cierto,—contestó Margarita;—esto no podria probarse.

—Ello podrá no ser cierto,—dijo el dominico;—pero puede probarse legalmente que vos sois hija legítima de Luisa Isabel de Armagnac y de Hugo de Sacy, príncipe de Otranto, senador de Venecia y de su Consejo de los Diez, y como hija de Luisa Isabel de Armagnac, nieta del marqués y de la marquesa de Letour. Vos, sean cuales quieran las extrañas aventuras de vuestra vida, sois legalmente la excelentísima señora doña Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto; así sereis presentada en la corte; así os casareis, si es que lo quereis, con el conde de la Salmedina, y bajo este concepto sereis dama de honor de la princesa de Astúrias, que tal vez muy pronto sea reina de España, porque el bueno don Carlos III, aunque parece en muy buen estado de salud, está gravemente enfermo; sí, gravemente enfermo, yo os

lo aseguro, Margarita, porque ese hombre, olvidando lo que nos debe, se ha atrevido á hacernos traicion.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Margarita.—Pero tanto de una vez es demasiado.

—Recobraos, recobraos, hija mia; tenemos una absoluta confianza en vos, y vos podeis servirnos de mucho. Aunque no amárais con toda vuestra alma como le amais á don Luis, deberiais obedecernos casándoos con él.

—Pero las circunstancias en que yo me uniré á él... Nada temo por mí, yo os pertenezco en cuerpo y en alma; pero por él lo temo todo.

—¡Ah! no, hija mia,—contestó el dominico;—ninguna desgracia os sobrevendrá ni á él ni á vos. Yo no he venido á otra cosa que á activar, que á hacer posible ese casamiento.

—¿Sabeis,—dijo Margarita,—que me he visto obligada á huir de ese hombre á quien se llama mi abuelo?

—Y que afortunadamente no lo es, Margarita. Vos sabeis realmente de dónde venís, lo sabe detalle por detalle el que ha de ser vuestro esposo; pero el mundo lo ignora.

—¡Que él lo sabe!—exclamó Margarita, que se puso más pálida aún.

—Sí.

—¿Y me acepta?

—Pues no... con toda su alma. En cuanto á la pasion insensata que ha contraido por vos ese mise-

rable de Armagnac, nada temais; nosotros os protegemos. De Armagnac obedecerá, y muy pronto nada tendreis que temer.

Y el dominico habia pronunciado sus últimas palabras de una manera lúgubre.

—Silencio,—añadió.—La buena Giovaneta de Fiori se acerca; guardad secreto con ella acerca de lo que hemos acabado de hablar.

Entró en aquel momento Giovaneta.

—Me he valido de un pretexto,—dijo,—y los médicos y el cirujano, que no deseaban otra cosa que volver por algun tiempo á su casa, han aceptado el pretexto, y se han ido para volver al amanecer.

—¡Ah! Pues tenemos tiempo sobrado,—dijo el dominico.—Ahora permaneced aqui; necesito examinar á solas á mi buen amigo Godofredo, y ver si se encuentra en estado de tratar con él un grave asunto; el del casamiento de la princesa de Otranto con el conde de la Salmedina.

Y el dominico salió.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Giovaneta.—¿Tú sabes, Margarita, que eres hija de nuestra hija y del príncipe Hugo de Sacy?

—Nada sé, madre mia,—contestó siempre reservada Margarita;—sólo sé, porque se me acaba de decir, que yo soy Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto. Desde que nací estoy rodeada de misterios y acostumbrada á respetarlos. No os pido la aclaracion de ese misterio, madre mia; no

nos pertenecemos, os comprometeriais tal vez: guardadle.

—Tal vez estamos ya gravemente comprometidos, Margarita, al ménos él; olvida las ofensas que te ha hecho, perdónale, sálvale; yo tengo la seguridad de que tú puedes salvarle; sálvale por amor mio.

Y Giovaneta se arrojó en los brazos de Margarita, y la besó llorando.

---

## Capítulo IX.

---

De como don fray Lorenzo cogió á un mismo tiempo á un  
marqués y á un portero.

Don fray Lorenzo de Velasco atravesó el salon y se metió en el gabinete donde estaba de Armagnac, dirigiéndose en derechura al lecho.

Una vez junto á él, se desembozó y se quitó la peluca, que arrojó en un sillón.

De aquella manera aparecia tal cual era públicamente; un fraile dominico embozado en su manto.

Godofredo de Armagnac dormitaba, como hemos dicho, dominado por la fiebre; pero aquella fiebre era leve.

Al ver al dominico se estremeció todo, como si en medio de su insomnio se le hubiese presentado un fantasma terrible.

—Veamos,—dijo el dominico,—en qué estado te encuentras, Godofredo.

Y le pulsó.

—Un poco de fiebre,—dijo.—Tu herida, estamos bien informados, parece grave, pero no lo es. Estás completamente fuera de peligro; lo que te postra, lo que produce tu fiebre, es una gran pérdida de sangre; pero á esto se ha acudido ya. Permanecerás débil algun tiempo, y al fin te recobrarás completamente.

—Para morir,—exclamó con voz cavernosa Godofredo.

—Segun y cómo,—dijo el dominico.—Nos has hecho hasta cierto punto traicion, introduciendo para tus negocios entre nosotros á un hombre á quien no conocías, en el cual no sabias si podias confiar. Tú nos has usado para tender un lazo á ese caballero, que habia encontrado fugitiva de tí, y con razon, á Margarita. Valiéndote de la influencia nuestra, que le habias hecho sentir, has pretendido asesinarle. Afortunadamente el conde de la Salmedina es un hombre leal, que puede servirnos y nos servirá de mucho; tú te has puesto temerariamente bajo nuestra justicia; pero esta justicia, atendiendo á la conveniencia, podrá pasar por encima de tu falta si tú nos rindes los servicios que de tí necesitamos.

—Estoy pronto,—dijo De Armagnac.—Tú me has tranquilizado ahora acerca del peligro de mi vida, y me das una esperanza de salvarme de la situación difícil en que me encuentro. Debeis considerar que me

ha arrastrado una pasion incontrastable. Esa mujer, esa niña, esa tentacion, esa divinidad...

—Que no puede pertenecerte, Godofredo,—dijo el dominico,—como no puede ser uno de nosotros el que se deja arrastrar por sus pasiones; el que ha cometido un delito por ellas, no tiene valor y fuerzas bastantes para subordinarlas al deber. Nosotros, para todo lo que no sea el objeto humanitario de nuestra asociacion, no somos otra cosa que cadáveres. Tú eres fuerte y valiente; recóbrate y triunfa. A esta condicion, yo me atrevo á prometerte tu perdon.

—Si tú me lo prometes, maestro,—dijo Godofredo,—yo cuento con él.

—Pero ese perdon no puede ser sin condiciones,—dijo el dominico, á quien nos acaba de revelar como maestro, es decir, tal vez como jefe superior de aquella asociacion misteriosa, De Armagnac.

—La acepto,—dijo éste;—más aún, la deseo; estoy de todo punto arrepentido de mi debilidad y de mi imprudencia. Habla.

—Margarita ama

—Lo sé,—dijo con acento ronco el marqués de Letour.

—Estás muy enfermo aún,—dijo severamente el padre Velasco.

—La enfermedad es grave, y hace muy poco tiempo que me he puesto en cura,—dijo De Armagnac.

—Y como Margarita ama licitamente, y á más de esto nos conviene que se case con el hombre á

quien ama, es necesario que ese casamiento se realice cuanto antes.

—¿Y consiente el conde de la Salmedina en casarse con una mujer sin nombre?—dijo con un acento extraño Godofredo.

—Cuando nosotros queremos que se case, claro es que hemos facilitado el casamiento: el conde de la Salmedina sabe que la dama con quien anhela casarse es la excelentísima señora doña Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto, que andando el tiempo será princesa del Sacro Romano Imperio y marquesa de Letour.

—¿Cómo! ¿Habeis revelado al conde?...—

—Sí; yo mismo le he entregado la historia escrita de la abuela y de la madre de Margarita, historia que tú conoces demasiado, puesto que tú has hecho todas las minuciosas investigaciones que han sido necesarias para poder escribirla, y la has escrito.

—¿De modo que ese hombre sabe quién es realmente Margarita?

—Pero sabe tambien que tú no puedes dispensarte, llegado un momento solemne, de presentarla al mundo como hija de tu hija Luisa Isabel de Armagnac y de Fiori; que no puedes impedir que papeles legitimos prueben que ella es hija del principe de Otranto Hugo de Sacy y de Luisa Isabel de Armagnac.

—Pero ese hombre sabe tambien, si ha leído esa historia escrita por mí, que yo ningun parentesco tengo con Margarita ni lo tuve con su madre; que las

dos vienen de los amores de Luisa Isabel de Orleans con aquel pobre diablo de conde de Pino Rey, y por lo tanto, que yo, sin horror, sin escándalo, he podido enamorarme de Margarita.

—Sí, sí, hasta la saciedad,—dijo con alguna impaciencia fray Lorenzo.

—Margarita lo sabe tambien,—dijo Godofredo;—ella ignoraba completamente de dónde provenia; pero yo temí creyese que era hija nuestra, y la conté esa terrible historia.

—¿Y la has contado tambien la historia de su madre?—dijo con acento frio y concentrado el dominico.

—No; yo la amaba, y no he querido enlutarla el alma; la he dejado en la incertidumbre, la he dicho que su madre habia desaparecido, y que no habíamos vuelto á saber de ella. Importa, pues,—dijo á fray Lorenzo, como hablando consigo mismo,—que el conde de la Salmedina oculte esa historia que conoce, y guarde acerca de ella un profundo secreto.

—Lo que importa es, á saber: que tú, noble extranjero, has venido á Madrid á fijar en él tu residencia con tu familia; que eres amigo del marqués y de la marquesa de Esquilache; que vagando por el monte del Pardo en ocasion de encontrarse en aquel real sitio los señores príncipes de Astúrias, has sido mortalmente herido por unos facinerosos, y que conociendo el amor que media entre tu nieta y el señor conde de la Salmedina, no queriendo morir sin verlos unidos, te apresuras á casarlos.

—¿Pero estoy yo verdaderamente en peligro de muerte?—preguntó De Armagnac.

—No, ni mucho ménos; te he dicho acerca de esto lo que tenia que decirte: si hubieras permanecido algun tiempo más abandonado, hubieras muerto indudablemente; pero se ha acudido á tiempo, y lo que ahora te postra es una gran pérdida de sangre. Sin embargo, tú, y aun los médicos que te asisten, podeis creer en lo inminente del peligro, y justificar con esto un casamiento inmediato; por ejemplo, mañana.

—¿Y cómo salvar las dificultades? ¿Ignoras que para que se reconozcan mis titulos y el de mi hija, y el de mi... nieta, se necesita el *regium exequatur*? ¿Que además de esto, el conde de la Salmedina, como grande de España, necesita real licencia para casarse?

—Todo eso lo arreglará nuestro grande amigo el marqués de Esquilache, y lo arreglará en muy pocas horas; para mañana á la noche puede acabarse de habilitar esta casa; se la iluminará, se la pondrá como conviene para unas altas bodas, que se efectuarán aqui, junto á tu lecho, en tu presencia.

—¡En mi presencia!

—Sí por cierto; tú debes alegrarte mucho de que tu nieta, satisfaciendo los deseos de su corazón, se case con un hombre tal como el conde de la Salmedina; probablemente aqui no se hará más que el contrato, porque tengo para mí que los serenísimos señores príncipes de Astúrias querrán ser los padrinos en persona para honrar al señor conde de la Salme-

dina, que priva mucho en palacio, y que por lo tanto la ceremonia religiosa se hará en la capilla real.

—¡Mañana!

—Sí ciertamente; mañana á la noche.

—¿Y las dificultades que puede oponer la curia eclesiástica?

—De eso me encargo yo.

—Pues si tú te encargas, esto es cosa resuelta.

—Indudablemente; nosotros no resolvemos nada sin ejecutarlo de una manera definitiva.

—¡Y ese hombre, ese hombre que sabe que yo me he batido con él de mala manera; ese hombre que ha encontrado á Margarita que huía aterrada de mí!...

—Ese hombre es noble y generoso, Godofredo; y por otra parte, en cuanto te restablezcas tú debes desaparecer.

—¡Desaparecer! ¿Es que se me deja la vida con la condicion de un confinamiento, de una separacion, de una expulsion de la Compañía?

—No, marqués, no; tú nos has servido aquí todo cuanto podias servirnos, y puedes continuar siéndonos muy útil en otra parte; por ejemplo, en Roma, á la que debes retirarte con tu mujer, con la cual te aconsejo vivas en buena armonía; ella es para tí excelente, te ama á pesar de todo, y tú debes procurar amarla.

—¿Me aseguras que no soy expulsado?

—Ni aun juzgado serás,—dijo don fray Lorenzo;—todo esto que ha sucedido aparecerá como un

asunto particular tuyo; tú, ansiando una venganza particular que no has debido ansiar, reservándote para volver á verte si sobrevivias con el conde de la Salmedina, no le has denunciado ante la justicia; has dicho que te habian herido unos salteadores; sosten-te, pues, en esa declaracion, y que nadie pueda decir que has unido á tu nieta con un hombre que habia vertido tu sangre.

—Y bien,—dijo De Armagnac;—yo me someto á todo.

—Yo lo esperaba,—contestó el dominico.—Conclu-yamos, pues; al amanecer volverán los médicos y el cirujano que han salido al venir yo; quéjate, dí-les que te crees en muy mala situacion: ellos no son gran cosa, y creerán que estás en gran peligro; dí-les que sientes como una especie de derramamiento interior, y que por consecuencia quieres arreglar tus negocios; haz que se me llame para auxiliarte; sea cualquiera la hora, yo acudiré; lo que haya de ha-cerse despues lo haré yo, y como son ya hoy cerca de las doce, te dejo. Medita bien en lo que te he di-cho: considera que la sociedad que te habla en nom-bre mio es demasiado indulgente y que no debes obli-garla á ser severa. Adios.

Y el dominico, estrechando la mano de De Ar-magnac, salió, y se trasladó al gabinete donde esta-ban Margarita y Giovaneta.

—Volved al lado de vuestro marido y de vuestro abuelo, señoras mias,—dijo el dominico;—ya lo hemos convenido todo De Armagnac y yo. En cuanto á vos,

señorita, os espera un día muy ocupado, puesto que debeis, en union con vuestra abuela, prepararlo todo para vuestras bodas, que serán mañana á la noche.

—¡Mis bodas!—exclamó Margarita, mientras Giovaneta miraba con ansiedad á don fray Lorenzo.

—Sí, señorita,—dijo éste;—yo creo que vos no os opondreis á que la princesa de Otranto sea mañana á la noche condesa de la Salmedina; pero adios: he pasado ya muchas horas fuera de mi convento, y debo volver aquí al amanecer.

Y el dominico acabó de arreglarse su peluca, que habia recobrado al salir del aposento de De Armagnac, y se volvió hácia la puerta.

—Esperad, esperad si gustais,—dijo Margarita;—¿quién ha de guiaros hasta abajo? Vos no conocéis la casa.

—Sea, puesto que es necesario,—dijo don fray Lorenzo.

Y despidiéndose de Giovaneta, salió precedido de Margarita, que llevaba una luz en la mano.

Al llegar al primer tramo de las escaleras, Margarita se detuvo, dejando ver un movimiento de sobresalto.

Habia visto un hombre sentado, replegado en los escalones.

Era el perinclito Lolo, que como sabemos, se habia apostado allí, y con la espera se habia adormilado.

—¡Ah! es el portero,—dijo reconociéndole el do-

minico.—¿Y qué hace aquí ese hombre? Dadme, dadme vuestra bujía, Margarita, y retiraos; quiero entenderme con él.

Margarita dió la luz á don fray Lorenzo, y se retiró lentamente.

El dominico se acercó entonces á Lolo y le movió bruscamente.

Y Lolo dió un salto, y se quedó de pié mirando cobardemente al dominico.

—¿Qué haceis ahí?—le preguntó éste.

—Os esperaba, señor,—contestó temblando Lolo, con la mirada fija en los terribles ojos del para él incógnito, que brillaban como si hubieran sido de fuego á través de las aberturas de su careta.

—¿Y para qué me esperábais?

—Para advertiros.

—¿Para advertirme de qué?

—De que se os sigue, de que se os espía.

—¿Cómo sabeis eso?

—Apenas habíais subido y yo bajaba, cuando me oí llamar por medio de un ceceo desde la rejilla de la puerta.

Y Lolo contó al religioso lo que habia pasado entre él y Pestiño.

—Vamos á la porteria por donde vos habeis venido, á saber, por el patio,—dijo el religioso.

Lolo se echó á temblar.

Le pareció que se habia metido impremeditadamente en muchas honduras.

No sabia quién era el personaje que tenia delante.

Pero le parecia mucha cosa.

Una cosa enorme.

Además, habia reparado en que le trataba con suma confianza la señorita.

Lolo se encontraba en la misma situacion que un raton en la boca de un gato.

A una seña imperativa de don fray Lorenzo, el portero bajó vacilante las escaleras, y por el patio y por el pasadizo introdujo al dominico en la portería, y se quedó delante de él encogido y mirándole lleno de ansiedad.

---

## Capítulo X.

De como á veces en lugar de cazar, es cazada la policía.

—Como hace mucho frio,—dijo don fray Lorenzo á Lolo,—es probable que ese polizonte, cansado de esperar, acuda á pedirte sócorro.

Como coincidiendo con la observacion del dominico, se oyeron unos recatados golpes en los cristales de la reja que sobre la calle tenia la portería.

—Hélo ahí,—dijo en voz baja el dominico;—ve, abre, introdúcele aquí y cuenta con advertirle ni por una sola palabra.

Los golpes se habian repetido de una manera impaciente.

Sin duda Pestiño tenia mucho frio.

Y lo hacia en efecto.

Aquel era un mes de Enero formidable.

Se estaba lo ménos á cinco bajo cero.

Lolo salió temblando, y poco despues entró con Pestiño, que temblaba tambien.

Pero de frio.

Nada le habia dicho Lolo, porque entraba perfectamente descuidado frotándose las manos, soplándoselas y encogido.

Cuando vió al dominico de pié, alto, severo, y aun pudiéramos decir que solemne, con el chambergo calado hasta los ojos y embozado hasta el sombrero, se irguió y dijo:

—¿Qué es esto?

—Nada, absolutamente nada,—respondió el dominico,—sino que yo te he cazado á tí cuando tú pretendias cazarme á mi.

—Con vuestra licencia, caballero,—dijo Pestiño, que era muy audaz y vislumbraba un negocio;—yo me considero muy ruin raton para un tan principalísimo gato; esto, con perdon sea dicho, y siguiendo el simil de vuecencia; y digo vuecencia, porque me parece que no es demasiado tratamiento para la persona á quien tengo el honor de hablar.

—Pues ménos palabras vacías, y al asunto: tomad,—añadió, sacando de debajo de la capa su mano derecha, en que habia un bolsillo;—siempre es bueno estimular á las gentes y hacerlas comprender lo que pueden ganar si tienen buen ingenio.

—Muchas gracias, excelentísimo señor,—dijo Pestiño, que habia reparado que la mano del incógnito era muy hermosa y muy fina, y que los puños de su camisa eran de riquísimo encaje.

—¿Podemos hablar con seguridad de no ser oídos?—preguntó don fray Lorenzo.

—Yo no lo sé,—contestó Pestiño;—pero éste puede decirlo.

Y señaló á Lolo.

—Yo respondo del aislamiento de mi porteria dentro de tres minutos.

Y salió como disparado por la puertecilla por donde habia venido con don fray Lorenzo, y á poco entró por la puerta contraria, y dijo:

—Cerradas están las puertas del patio y de las escaleras, y largo ha de tener el oído el que se aperciaba de lo que aquí se hable.

—¿Y este es de fiar?—preguntó el dominico, señalando á Pestiño.

—Tan de fiar como yo,—dijo Lolo;—ambos somos antiguos criados del señor marqués de Esquilache.

—A lo que parece,—dijo el dominico,—al señor marqués le punzan mucho ciertos embozados misteriosos que han dado en circular de noche, ya por esta, ya por la otra parte de Madrid.

—En efecto, excelentísimo señor,—dijo Pestiño.

—Por esto sin duda ha hecho la reforma del alumbrado público.

—En efecto, señor.

—Pero esto es inútil, porque el tal alumbrado es tan mezquino, que cuando luce apenas alumbraba, y lo que alumbraba cesa mucho antes de que los misteriosos embozados se pongan en movimiento, que

nunca lo hacen sino despues de la media noche. ¿Cuánta gente de policia tiene el marqués de Esquilache para observar á estos embozados?

—Doscientos á lo ménos.

—¿Y qué se ha conseguido hasta ahora?

—Nada, porque estos embozados son muy listos, se aperciben de que se les sigue, se vuelven espada en mano sobre los que les van siguiendo, y dan cada paliza y cada tajo que mete miedo. No hay medio: cuando los encuentra una ronda y quiere reconocerlos, dan un grito ó hacen una señal, y como si salieran de debajo de la tierra, se les reunen otros cuatro ó seis, empiezan á cuchilladas con la ronda, y á los tres minutos la hacen poner piés en polvorosa.

—Por eso sin duda, para que estos embozados no puedan encubrirse, el marqués de Esquilache ha pensado en apuntar los sombreros y en acortar las capas.

—Efectivamente, señor.

—¿Y qué se dice acerca de estos embozados?

—Que conspiran.

—¿Contra quien?

—Contra el rey.

—¿De dónde sabeis vos eso?

—¡Ah! este es un asunto hondo, y yo no sé si debo manifestarlo á vucencia delante de éste.

—Vuestra fortuna está hecha, —dijo el dominico, —si hablais en verdad y nos servis.

—¿Pues á qué estamos, excelentísimo señor, á qué estamos? —dijo Pestiño; —qué se nos da á nosotros, que tenemos la carne dura, de las consecuencias, si

encontramos una verdadera ventaja: un pobre trabajando no puede esperar ser rico en todos los días de su vida, y hay que aprovechar las ocasiones.

—Habla pues.

—Pues dicen, señor, que el rey nuestro señor, que Dios guarde, era ó es jesuita.

—¡Ah!—exclamó el dominico.

—Sí, señor, jesuita; porque dicen, y se asegura que no son sólo jesuitas los que llevan el hábito y viven en las casas de la Compañía de Jesús, sino que los jesuitas están en todas partes y bajo todas las formas.

—Equivocacion grande á lo que creo,—dijo don fray Lorenzo;—prurito de buscar en los jesuitas la explicacion, ó más bien la causa de todo lo que aparece misterioso. Pero continuad.

—Dicen que cuando el rey nuestro señor era rey de Nápoles, prometió á los jesuitas influir de tal manera en la córte de Roma, que todas las vacantes de cardenales que muriesen fuesen reemplazadas por jesuitas; y de esta manera, andando el tiempo, llegarían á tener los jesuitas una mayoría en el cónclave, de lo que á la primera vacante de papa resultaría la exaltacion de un jesuita al trono de San Pedro.

—¡Vive Dios!—exclamó el dominico;—¿y de dónde has sacado tú esa grosera calumnia?

—No la he sacado yo: se lo he oido decir á una cierta persona que me trata con mucha confianza.

—¿Y qué persona es esa?

—Nuestro jefe, á quien nosotros comunicamos to-

das las noticias que adquirimos, para que las comunique al señor marqués de Esquilache.

—¿Y cómo se llama ese vuestro jefe?

—Don Cosme Calcorra: él tiene una posición aparente como oficial mayor de la contaduría del Gremio de la seda; pero á la verdad él no es otra cosa que un instrumento del marqués de Esquilache.

—Y á lo que se ve, un malísimo instrumento,—dijo don fray Lorenzo,—puesto que confía á un hombre como tú, tan propenso y tan fácil para venderse, cosas importantes.

—En cuanto á mi facilidad, señor, no es tanta como vucencia cree: todo consiste en que yo tengo el buen olfato que debe tener todo el que sirva en la policía, y mi olfato me ha dicho que me conviene mucho más servir á vucencia que al marqués de Esquilache. Sé además que Lolo es, aunque no lo parece, un hombre que vale, y por eso hablo delante de él con vucencia desembozadamente.

—Pues siendo así, continuemos: sin duda tú inspiras también una gran confianza á ese don Cosme Calcorra.

—Infinitísima, señor,—dijo Pestiño;—como yo soy ó he sido su salvaguardia...

—¿De qué?

—Don Cosme es muy celoso, y tiene una mujer ó la tenía, muy jóven y muy linda.

—¡Cómo! ¿pues qué se ha hecho de la esposa de ese señor Calcorra?

—Se ha fugado y ha desaparecido, y de tal ma-

nera, que aun no hemos podido descubrir el lugar donde se halla. Pues bien; don Cosme, á causa de sus celos, no podia estar tranquilo con su sola vigilancia interior; necesitaba que por de fuera se vigilase su casa, particularmente por la noche, que es la hora del peligro para los maridos que como Calcorra no tienen ni pueden tener confianza en su mujer.

—Sin embargo,—dijo don fray Lorenzo,—nunca tiene más cerca de sí un marido á su mujer que por la noche.

—Sí, es cierto; pero el recelo de don Cosme lo suponía todo. A un marido puede darle su mujer adormideras y ponerle insensible como un tronco.

—¡Ah, es cierto, y hasta qué suposiciones alcanzan los celos!

—Pues no pensaba nada de más don Cosme, porque al fin lo de las adormideras ha sucedido. Anoche sucedieron en casa de don Cosme cosas enormes sin que él lo sintiese, porque le habian aletargado, y con adormideras cabalmente, porque en la cocina hemos encontrado un puchero en que se habian cocido adormideras. Pero sucedió como sucede casi siempre cuando se toman precauciones, que en el momento que estas precauciones son más necesarias sobreviene un descuido. Don Cosme se valia de la policia del marqués de Esquilache, como que era su jefe; se encontró mal servido anoche: hacia mucho frio en la calle de San Cristóbal; como que está en un laberinto de callejuelas estrechas, es una cerbatana y no

hay quien pare en ella cuando se levanta viento del Norte. Así es que los dos hombres que estaban encargados de vigilar por fuera la casa de don Cosme, acobardados por el frío, se metieron en una taberna, que se hicieron abrir á pesar de las ordenanzas, y bebieron de tal modo, que el vino produjo en ellos el mismo efecto que las adormideras produjeron en don Cosme; es decir, que se quedaron dormidos como troncos, y no dieron cuenta de sus personas sino despues de amanecido, hora en que, tambaleando y como pudieron, se fueron á su casa. Ved ahí, excellentísimo señor, como las precauciones más exquisitas faltan en el momento oportuno, y vienen á ser inútiles.

—¡Ya, ya!— exclamó el religioso;— cuando los agentes son malos suceden estas y otras cosas.

—¿Y quién habia de pensar que no habiendo sucedido nada durante tanto tiempo, sucediese en el trascurso de una noche friísima y oscura.

—¿Erais vos por acaso uno de los encargados de vigilar la casa de Calcorra?

—No, señor, afortunadamente; porque no quisiera yo estar en el pellejo de esos dos que se han descuidado. Don Cosme es malo, rencoroso, vengativo, astuto, y no perdona jamás; tiene una gran influencia sobre el marqués de Esquilache, y por lo mismo es peligroso el indisponerse con él. Yo estaba de servicio cerca del convento de Santo Tomás.

—¿Con qué objeto?—dijo el dominico.

—Con el de observar el convento.

—¡Cómo! ¿Pues qué puede recelarse de unos religiosos tan graves como los de Santo Tomás?— exclamó don fray Lorenzo.

—¡Ah, señor, señor! Con toda su gravedad, los religiosos de Santo Tomás suelen salir de noche, no uno ni dos, sino hasta cuatro ó seis; no con sus hábitos y sus legos á auxiliar moribundos, que esto no tendria nada de extraño, sino encubiertos con capas largas y sombreros gachos, y á correr aventuras. Muchos de ellos, si no todos, forman parte de esos misteriosos embozados que el marqués de Esquilache persigue; y cuando se va tras ellos, sucede lo mismo que cuando se va tras cualquiera de los otros; esto es, que si se aperciben, se vuelven y la emprenden á cuchilladas con el que va en su seguimiento.

—Pues esto es grave, muy grave,—dijo don fray Lorenzo, como si no hubiera tenido noticia alguna de ello; como si él no hubiera sido y no lo fuera en aquel momento uno de aquellos misteriosos embozados.

—¡Que si es grave!—exclamó Pestiño.—Esta es una conspiracion de trascendencia; puede llegar no se sabe dónde, segun me ha dicho don Cosme, que como me necesita, porque despues de él yo soy el jefe de la policia del marqués de Esquilache, tiene conmigo, para estimularme sin duda, una grande confianza; en fin, señor, se dice que esta es cosa de los jesuitas, que irritados porque el rey no sirve en Roma su interés como ellos quiéren, pretenden destronar al rey, poniendo en su lugar al príncipe de Astúrias, á quien

creen podrán manejar por medio de su mujer mucho mejor que al rey, que está influido por el marqués de Esquilache, ó mejor dicho, por la marquesa de Esquilache.

—Me estais diciendo cosas extraordinarias,—exclamó don fray Lorenzo,—y que me parecen muy exageradas; si no completamente falsas, hijas de suposiciones vulgares, como por ejemplo, la de que la Compañía de Jesús es una secta secreta, á la cual pertenecen personas de todas clases, altas y bajas; que el rey ha pertenecido ó pertenece á esa sociedad, y la ha hecho traicion; y que esa sociedad, en fin, pretende destronar al rey.

—Y aun no he acabado,—dijo Pestiño;—puestos una vez en el caso de servir á vucencia, porque en vucencia adivinamos más poder que en el marqués de Esquilache, y esperamos más proteccion y más provecho, no debemos detenernos. ¿Sabe vucencia lo que se anda propalando por la córte en voz baja y sin que se sepa de dónde sale, esta que sin duda es una calumnia? Pues se dice no ménos sino que el rey es ilegítimo por bastardo; y á propósito de esto, se cuenta una historia.

—¡Calumnia! ¡calumnia infame, como la otra que alcanza á una asociacion religiosa tan respetable como la Compañía de Jesús!—dijo don fray Lorenzo con las muestras de la mayor indignacion.

—Yo digo lo que se dice,—exclamó un tanto cuidadoso, y aun pudiéramos decir que aterrado, Pestiño;—yo nada de esto sé, señor, por más que

don Cosme Calcorra me haya dicho que algo hay de ello.

—Veamos, veamos,—dijo don fray Lorenzo.

—Pues se cuenta,—dijo Pestño,—que cuando vino á España para casarse con el señor don Felipe V la reina doña Isabel Farnesio, ésta amaba ya al que más adelante lo fué todo en España, es decir, el abate Alberoni, que despues por la influencia del mismo rey don Felipe V, que habia nacido para ser bonachon y no ver dos dedos más allá de sus narices, que por cierto eran bien largas, llegó á ser cardenal. Pero es el caso que en los primeros tiempos del casamiento de los reyes, doña Isabel Farnesio, durante una ausencia de Alberoni, se prendó de un palafrenero de la casa real, que se llamaba Perico Zarzuela, y que era tan hermoso y tan afortunado en amores que ya habia tenido aventuras con altísimas damas. De estos amores con el palafrenero, dicen se apercibió el cardenal Alberoni, lo cual produjo al pobre palafrenero una gran desgracia, porque una noche que estaba esperando junto al postigo de los jardines del real palacio del Pardo, se echaron sobre él cuatro hombres enmascarados y le cosieron á puñaladas, echando luego el cadáver al rio que iba crecido. Cuéntase que de estos amores de Perico Zarzuela con la reina doña Isabel Farnesio, provino el rey don Cárlos III. Añádese que se sabe esto por una ágría correspondencia en cifra que medió entre Alberoni y la reina; y se añade, que por esto se echó muy jóven de España á don Cárlos, con el pretexto

de darle el reino de Nápoles; en realidad, porque Felipe V, que habia llegado á apercibirse de este secreto, no podia tolerar su vista.

—¿Y todo eso cuenta el señor Cosme Calcorra?

—Muy en confianza, señor, muy en confianza; y á mi, en quien confía ciegamente.

—¿Y se añade aún, que de esta miserable infamia se aprovechan los dignísimos hijos de San Ignacio de Loyola?

—Eso se dice, señor.

—Bien, bien; ¿y se cree además que esos misteriosos embozados que cruzan de noche por acá y por allá la villa, y que no se sabe adónde van, pertenecen á una sociedad secreta, de la cual forma parte la Compañía de Jesús?

—Eso creen el rey y el marqués de Esquilache, segun me ha dicho don Cosme, y por esto es el ódio que el marqués de Esquilache tiene á los chambergos, á las capas largas, y aun á los mantos; porque tambien suelen andar de noche acompañando á estos embozados damas encubiertas.

—¿Y el rey sabe lo que se dice acerca de su su-puesta bastardía?

—¡Ah, no, no señor! Don Cosme asegura que eso se guarda como una última arma, porque dicen que el rey se niega tenazmente á hacer nada que sea en daño de la Compañía de Jesús.

—Esto es grave, gravísimo,—dijo don fray Lorenzo.—Por lo que se ve, no son los jesuitas los que conspiran contra el rey, ó mejor dicho, contra el mar-

qués de Esquilache, sino que éste es el que conspira contra ellos, yo no sé con cuánta imprudencia y valiéndose de torpes medios; porque vos al servicio de ese miserable, vos á quien otro miserable ha hecho confianzas peligrosas, al encontraros cogido por mí, en quien veis uno de esos misteriosos embozados, á quien suponeis sin duda un jesuita, ó lo que es lo mismo, un miembro de esa supuesta sociedad secreta, con la cual no se puede dar, porque no se da con lo que no existe, os habeis aterrado y habeis hecho traicion á la confianza que se ha depositado en vos; porque esto, y no el interés de una gran ganancia como habeis dicho, es lo que os ha obligado á hacerme esas gravísimas revelaciones. Habeis temido sin duda una emboscada, y os habeis creído perdido. Pues bien; yo os aseguro que perdido estais si no me obedecéis, y que por el contrario, vos y este otro vuestro compañero podeis esperarlo todo, aun aquello en que ni siquiera habiais soñado, si me obedecéis.

—Yo, por mi parte, estoy completamente á disposicion de vuecencia,—dijo Pestiño, al que le temblaba la voz, porque al decir sus últimas palabras don fray Lorenzo habia dejado conocer en su acento algo espantosamente terrible.

—Y yo tambien estoy á la disposicion de vuecencia,—dijo Lolo, con la voz no ménos trémula que Pestiño.

—Pues bien, en ese caso seguidme los dos. Tengo que daros graves instrucciones y no es éste el lugar á propósito.

Aterraronse los dos polizontes, y no atreviéndose á negarse, porque les parecía que aquel solo embozado bastaba para exterminarlos á los dos, y temiendo además no brotasen de las paredes otros embozados como él, le siguieron.

Lolo habia tomado su capa y su sombrero, y se habia llevado despues de salir y al cerrarle, la llave del postigo.

Don fray Lorenzo les hizo marchar delante á lo largo de la calle de las Infantas, en direccion al convento de Capuchinos de la Paciencia, cuyo emplazamiento estaba en la que hoy se llama Plazuela de Bilbao.

Al llegar frente á la embocadura de la calle de San Anton, don fray Lorenzo dejó oir tres poderosos silbidos.

Sin saber cómo, de la sombra, como si los hubiera vomitado la tierra, aparecieron seis ú ocho embozados, que rodearon al dominico y á los dos que le acompañaban.

—Apoderaos de esos dos hombres, y lleváoslos,—dijo don fray Lorenzo.

Ni Lolo ni Pestiño pudieron dar un solo grito; primero, porque les habia embargado la voz el miedo, y luego, porque lo primero que hicieron los embozados que habian acudido á las señas de don fray Lorenzo, fué taparles la boca.

Despues se los llevaron, como quien dice, en volandas.

Don fray Lorenzo se quedó solo, y avanzó por la calle del Clavel, murmurando:

—Grave, grave, gravísimo; estamos en el terreno, nos tocamos ya con las puntas de las espadas, y es necesario no perder tiempo.

Y diciendo esto, avanzó rápidamente hácia la calle de Alcalá.

## Capítulo XI.

## Capítulo XI.

---

De como fué despertado el conde de la Salmedina para oír una noticia que ciertamente no esperaba.

—Es necesario, necesario de todo punto, empujar la situación, lanzarla,—decía don fray Lorenzo, avanzando rápidamente por la calle de Alcalá, camino de la casa del conde de la Salmedina;—estamos en peligro, en un gravísimo peligro; ó exterminamos, ó somos exterminados; es necesario que el edicto contra las capas y los sombreros aparezca cuanto antes: el pueblo español es indolente, se deja robar, vejar, descuartizar, y no hay más que un medio de sublevarle: contrariar sus costumbres, hacerle hacer lo que él no quiere hacer; lo de las capas, los mantos y los sombreros producirá un motin; nosotros haremos que ese motin sea una revolucion; Cárlos III el tenaz, el estúpido Cárlos III, caerá; la intemperancia y

los vicios de la nueva reina María Luisa, la debilidad y la ineptitud del nuevo rey Carlos IV, pondrán en nuestras manos el poder real; España será nuestra, y levantando este país de su miseria, usando bien de sus grandes elementos, nuestro poder será incontrastable. ¡Oh! ¡sí! pero es necesario no perder ni un instante; se nos conoce ya, se nos acecha; el momento del golpe, y del golpe terrible, ha llegado; la vacilacion seria funestísima; adelante.

Y don fray Lorenzo continuó marchando á gran paso por las solitarias y tenebrosas calles de Madrid.

Eran las dos de la mañana cuando llegó á la calle de Segovia y al postigo de la casa del conde de la Salmedina.

Dormia éste profundamente cuando Baltasar, á medio vestir, fué á despertarle.

—Señor,—le dijo,—llaman con misterio al postigo.

—¿Y quién es?

—No lo sé; está la noche muy oscura.

—Baja é infórmate.

Baltasar volvió poco despues.

—Es un señor encubierto,—dijo,—que se llama grande amigo de vucencia.

El conde adivinó á don fray Lorenzo.

—Ve, ve y abre al momento.

—¿Y si fuera un ladron, un canalla?

—No llamaria á la puerta.

—¿Y si fuera un enemigo de vucencia, que arrojara por todo?

—Ese enemigo no vendría á buscarme á mi alca-  
ba: demasiado ando por todas partes; ve, ve, que no  
quiero hacer esperar á esa persona.

Baltasar salió murmurando, y el conde se arrojó  
fuera de la cama y se puso una bata.

Poco despues apareció don fray Lorenzo, embo-  
zado hasta los ojos, siguiendo á Baltasar, que le mi-  
raba con recelo.

—Vete,—le dijo su amo.

Baltasar salió.

El conde habia reconocido al padre maestro don  
fray Lorenzo.

Se levantó y cerró las puertas de las habitaciones  
que comunicaban con su dormitorio, y cuando volvió  
dijo al dominico:

—Perdonad si involuntariamente os he hecho es-  
perar; podeis descubriros y hablar, sin temor de que  
nadie os vea ni os oiga.

—Yo os ruego que me perdoneis la incomodidad  
que os causo,—dijo don fray Lorenzo, descubriéndose  
y sentándose junto á la chimenea,—porque os trai-  
go la mejor noticia que pudiérais esperar.

—¡Cómo!—exclamó el conde, poniéndose pálido.

—¿Estais decidido á perder vuestra libertad?

—¡Oh! ¡Dios mio! acabad, padre maestro.

—Mañana...

—¿Mañana qué?...

—Mañana la princesa de Otranto será condesa de  
la Salmedina.

Don Luis se sintió morir, y en un momento de

arrebató se arrojó al cuello del dominico y le besó como si hubiera sido su madre.

—¡Oh! ¡Creo que la amais demasiado!—exclamó el padre maestro, separando de sí al conde;—una pasión mortal por una mujer podría seros funesta.

—¡Ah! ¡no vacileis! ¡no temais!—exclamó el conde;—¡no me quiteis una felicidad que me habeis procurado, y en agradecimiento de la cual os consagro mi vida!

—¡Ah! ¡no, no!—dijo don fray Lorenzo;—ni esto sería posible sin contrariar de una manera impía la última voluntad de un moribundo.

—¡De un moribundo!—exclamó como aterrado el conde.

—¿Tan pronto os habeis olvidado del marqués de Letour?

—¡Ah!

—Pues bien; el marqués de Letour se siente morir, y para descargar su conciencia desea que os caseis con... su nieta.

—¡Su nieta!

—Sí; nadie conoce más que él y nosotros el misterio del origen de Margarita; sobre todo, Margarita, si no es nieta de Godofredo de Armagnac, es indudablemente hija legítima de Hugo de Sacy, príncipe de Otranto.

—¿Y cuándo se ha de efectuar el enlace?—exclamó anhelante el conde.

—Estad dispuesto.

—¡Pero la real licencia!...

—Antes de las diez del día os la remitirá el marqués de Esquilache, y á esa misma hora recibireis el mandamiento cerrado de la vicaría; de manera, que un cuarto de hora despues el cura de vuestra parroquia podrá casaros; pero no os altereis, esto seria demasiado pronto; esto no nos daria tiempo para prevenir los regalos de boda.

—¿Pero qué es esto, señor, qué es esto?—exclamó el conde.

—Esto es, ya os lo he dicho, que el marqués de Letour se ve próximo á su fin; ha sentido remordimientos, y quiere descargar su conciencia casándoos con su nieta: más aún, preparaos para la noticia que voy á daros.

—¡Y bien! ¡qué!

—A lo que yo creo, os casareis mañana á la noche: el contrato matrimonial se firmará ante el lecho del marqués de Letour; pero la ceremonia se hará en la capilla de palacio.

—¡Cómo! ¡Pues qué!

—Se hará en la capilla de palacio, porque serán padrinos de vuestras bodas sus altezas los serenísimos príncipes de Astúrias.

—¡Los príncipes!... él bien... ¡pero ella!... ¡María Luisa!.. —exclamó con asombro y con inquietud el conde.

—Ahí vereis; la princesa de Astúrias exige formalmente apadrinar, con su esposo el príncipe, vuestras bodas: más aún; entre el regalo de bodas que la princesa de Astúrias hará á la bella princesa de

Otranto, irá un nombramiento para esta última dama de honor de la princesa.

—¡Oh! ¡Y no creéis que en esto tenga la princesa una siniestra intencion?

—No; María Luisa no alienta en su pensamiento el crimen.

—Pero convengamos en que todo esto es muy extraño.

—Por el contrario, es lo más natural del mundo: todo consiste en que se ha engañado á María Luisa, en que se la ha dicho que conviene que os caseis para aproximaros más á ella, haciendo á vuestra esposa su dama de honor, y nombrándoos á vos, ó más bien, trasladándoos á la servidumbre de la princesa: esta ha creído que vos no conocéis á Margarita, y que os casais con ella porque se os ha mandado que os caseis: María Luisa sabe que vos, como ella, nos perteneceis, y estais obligados á obedecernos.

—Mi obediencia casándome con Margarita me llena de felicidad; pero en cuanto á lo de entrar con ella al servicio inmediato de la princesa, os lo confieso, puesto que con vos tengo una gran confianza: me contraria y me espanta, y sin embargo, obedezco.

—Estad tranquilo: María Luisa acabará por acostumbrarse: no tiene alma, sino materia: es además muy voluble: el dia ménos pensado os sustituye, y os deja en libertad.

—¡Quisiera Dios fuese mañana!

—Oid, conde: yo no puedo detenerme más tiem-



po; he venido sólo á prevenirós para que esteis sobre aviso; probablemente poco despues del amanecer os llamará á su casa el marqués de Letour: cuando os hable de esto, sorprendeos como si nada supiéseis.

—Convenido.

—Ahora bien, y puesto que nada más tengo que deciros, hacedme el favor de guiarme hasta la salida.

Y el padre maestro se puso su antifaz, tomó su sombrero, se lo caló y se embozó.

El conde tomó una luz, y le llevó hasta el postigo.

Durante el corto trayecto no hablaron ni una sola palabra.

El conde subió trastornado, trasformado, profundamente conmovido, á su aposento, y creyéndose presa de un sueño.

Margarita, su adorada Margarita, iba á ser suya.

## Capítulo XII.

### De como se estrechaban las distancias.

El conde pasó muy mala noche.

Mejor dicho, pasó muy mal lo poco que de noche faltaba.

La situación en que se encontraba colocado, le excitaba, le exacerbaba.

La ilusión de su alma, su ambición, su deseo, todo lo grande que para él existía en el mundo, esto es, Margarita, iba á ser suya, suya inmediatamente, sin más espera que el trascurso de algunas horas.

Pero sucede que cuando se acerca el término del plazo para el vencimiento, para el logro de un deseo que por su intensidad ha llegado á constituirse en nuestra única pasión, en nuestra vida, en nuestro ser, en nuestro universo, cada instante de aquellas últi-

mas horas de espera se convierte en un siglo de siglos, en un tiempo sin medida, en una eternidad.

Y sucede además, que considerando nosotros como un milagro, ó por lo ménos, como un suceso enorme la realizacion de nuestros deseos, nos acomete el miedo horrible de que una circunstancia cualquiera desvanezca nuestra ilusion, dejándonos en una realidad tristísima, como acontece al pobre que sueña que es rico y feliz, y que goza con la ilusion de su dormida fantasia, cuando el frio, de que no le defiende su mal guarnecido lecho, le despierta, y vuelve á sentir su hambre y su miseria.

Fuera de esto, en el terreno de lo exacto, de lo positivo, de lo consumado, el conde se encontraba gravemente comprometido con la princesa de Asturias.

No podia dudar de la pasion desordenada, insensata, monstruosa, que sentia por él la jóven María Luisa.

El era su primer amor.

El habia encontrado su alma virgen, y aún pudiéramos decir que su cuerpo virgen.

Tal era la incapacidad y el carácter especial y nulo de aquel príncipe de Asturias que se llamó despues Carlos IV, que sólo fué una humanidad crasa sobre el trono, ya se la considerase moral ó físicamente, y que no tenia actividad para otra cosa que para comer, dormir y cazar en Riofrio ó en Balsain reses mayores.

María Luisa no podia haber consentido de buen

grado, ni sin la existencia de mandatos, contra los cuales no habia podido sin duda rebelarse, en su casamiento con Margarita.

Ni mucho ménos, sin hacerse una terrible violencia, podia haberse prestado á ser con el príncipe la madrina de aquellas bodas, ni mucho ménos en llevar junto á sí como de su servidumbre, como gentil hombre al uno, como dama de honor á la otra, al conde y á la condesa de la Salmedina.

María Luisa obedecía, sin duda, al hacer todo esto, á una fuerza mayor incontrástable.

Los celos y su amor propio, su vanidad de mujer y su altivez de princesa, debian estar con aquéllo poderosamente excitados y gravemente ocasionados á una explosion terrible, cuyas consecuencias no podian calcularse.

Esto era bastante para que el conde no pudiese conciliar el sueño, y aun para que se sintiese enfermo.

La sangre subia á su cabeza.

Le latian las sienes y sentia una gran tirantez en los tendones cervicales.

Más de una vez se incorporó despavorido creyendo le acometia la congestion cerebral, y él no queria morir entonces, cuando estaba próximo á gozar una felicidad desconocida, incalculable, inmensa. En esta situacion, en esta lucha de su alma, le sorprendió la primera luz del dia, que penetraba débil y blanquecina por ese pequeño ventanillo que se ve en lo alto de una de las antiguas hojas de los balcones,

que se conservan aún en las viejas casas de Madrid.

El conde saltó del lecho y llamó.

Poco despues se le presentó á medió vestir Baltasar, que dormía en un cuarto inmediato al suyo, todo soñoliento y todo lácio, porque le había sorprendido en lo más delicioso de su sueño y cuando su imaginacion le fingía que Rita se humanizaba con él, la campanilla de su señor.

Baltasar tenia tambien una pasión enorme metida en el cuerpo.

Rita era su dificultad, su gran negocio, su universo.

Tenia el alma negra, y veía negro, y pensaba negro, solamente porque la señora de sus pensamientos era negra como el ébano.

La verdad era que Baltasar no se podia resistir á si mismo.

Estaba en una situacion demasiado afflictiva, y no podia sufrirse.

—Visteme,—le dijo su amo.

—¿De casa, de calle ó de campo, señor?—preguntó perezosamente Baltasar, envolviendo en un bostezo, que no pudo contener, sus palabras.

—De calle,—dijo el conde;—pero un traje cuidado, escogido.

—¿Vucencia va de aventuras? ¿voy á acompañarle yo?—preguntó Baltasar, creyendo que su amo se preparaba para ir á casa de la beata donde estaban escondidas Anita del Rey y Rita.

—No, espero un aviso,—dijo el conde;—pero te

entiendo, Baltasar; tú no piensas más que en tu amor negro.

—Por desgracia, señor; y como estos amores son tan difíciles, á causa de las rarezas de Rita, se me va poniendo el alma del color del hollín.

—Baltasar,—dijo el conde,—cuando acabes de vestirme me das papel y tintero.

—Muy bien, señor,—dijo Baltasar, sin importarle gran cosa de las últimas palabras de su amo.

—Soy tan feliz, Baltasar,—dijo el conde,—me enloquece de tal manera mi felicidad, que quiero verte tan loco como yo.

—Muchas gracias, señor,—contestó de una manera indiferente Baltasar.

—Antes de salir voy á dejarte una orden para que cobres inmediatamente de mi tesorero cincuenta mil ducados.

Baltasar, que tenia en las manos una riquísima camisa de batista, colocada de modo que su amo pudiese meter por ella la cabeza, la dejó caer.

Se le habian dormido de improviso las manos, y aún creemos que tambien el cerebro y el corazón.

Se quedó inmóvil, hecho una estatua, con las manos levantadas y crispadas, la boca abierta y los ojos traspuestos.

Tal impresion le habia causado el anuncio de un regalo de cincuenta mil ducados.

—¡Eh, badulaque!—dijo el conde;—no hay motivo para atortolarte de ese modo; recóbrate y continúa vistiéndome.

Baltasar se sacudió, se estiró, recogió la camisa, la puso á un lado, y se fué á sacar otra de un armario, exclamando:

—¡Vaya que tiene unas chanzas el señor!

Y sacudió la una después de la otra sus piernas, como queriendo expresar: —¡anda, pelege, estúpido; para tí se han hecho cincuenta mil ducados!

Tan picaresco fué el movimiento, tan irrespetuoso, que el conde le arrimó un puntapié, de cuyas resultas, aunque el puntapié habia sido moderado, y más que puntapié una advertencia. Baltasar se volvió, presentando á su amo una nueva camisa.

—No permito que nadie dude de mis palabras, y mucho ménos tú, bribon: mi contador te entregará hoy mismo cincuenta mil ducados.

—Perdone vucencia mi duda, —exclamó Baltasar, cuyo semblante se puso radiante de alegría: —pero esta duda era porque yo no me creo merecedor de ese agasajo.

—Con esos cincuenta mil ducados y lo que me has robado ya, —dijo el conde, —vienes á ser riquillo; pero yo no te doy esto sin condiciones.

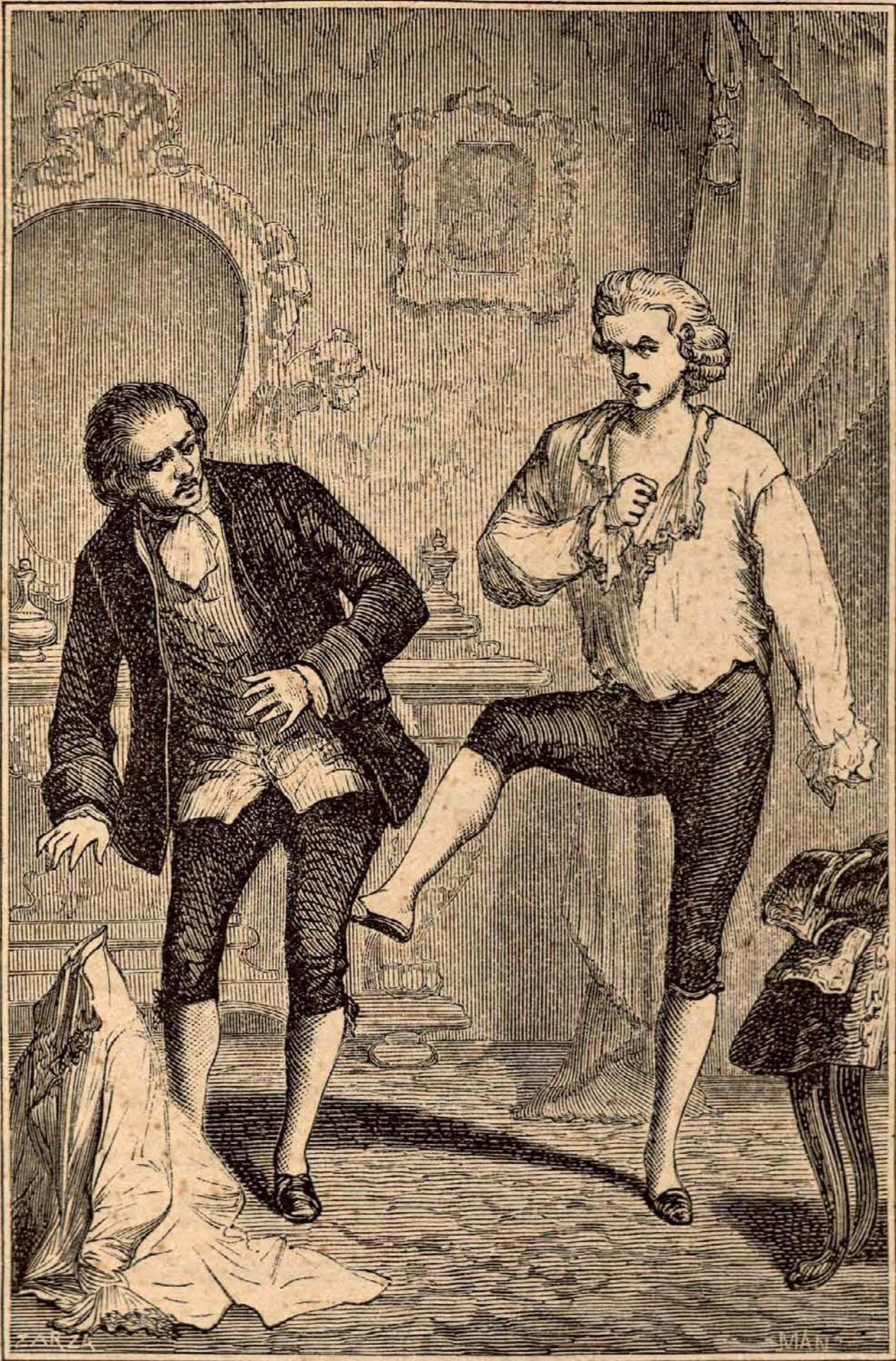
—¿Y qué condiciones, señor? —preguntó algo cuidadoso Baltasar.

—Es de todo punto indispensable que te cases; más aún, que estés casado esta noche.

—¿Y con quién, señor? —exclamó más cuidadoso aún Baltasar.

—¿Con quién ha de ser sino con tu negra?

—Obedezco, señor, —dijo Baltasar, —más como



MOTIN DE ESQUILACHE.—No permito que nadie dude de mis palabras.



quien se resigna, que como quien acepta alegremente un mandato que colma sus deseos.

—¿Harás que me ponga seriamente serio contigo y te eche á puntapiés de mi casa?—exclamó el conde.—¿Cómo, tunante! ¿has llegado á concebir la ruin sospecha de que yo te doy cincuenta mil ducados para que te cases, y que con esto no hago otra cosa que comprarte tu mujer, cuando todo ello no es más sino que yo me caso tambien esta noche y te hago mi regalo por unas bodas que colman mi felicidad, casándote con la mujer que amas y dotándola convenientemente?

—¡Ah, señor! soy un miserable, lo confieso, y autorizo á vucencia para que haga lo que quiera conmigo, en la seguridad de que no me quejaré.

Y Baltasar, que tenia en la mano una riquísima casaca, sin poderse valer, instintivamente, impremeditamente, cayó de rodillas, y para que los faldones de la casaca no tocasen al suelo, se vió obligado á levantar los brazos.

El conde, durante un momento, no vió más que el forro de su casaca.

Esta prenda, en la posicion en que Baltasar se encontraba, le ocultaba completamente.

El conde se echó á reir.

Las bufonadas serias de Baltasar le distraían.

—Decididamente,—dijo,—los dos estamos locos, Baltasar; vamos, despacha; acaba de vestirme: pueden venir de un momento á otro.

—Pues no falta más que coger á vucencia los cabellos y empolvárselos,—dijo Baltasar.

—No, no, nada de polvos,—dijo el conde.—Se comprenderia qué estaba prevenido, y no conviene. Vamós, ya estoy listo; dame ahora recado de escribir.

Baltasar sirvió á su amo.

Este extendió un bono á la vista y á la orden de Baltasar contra su tesorero, por valor de cincuenta mil ducados, que necesariamente habian de pagarse en oro.

Y dió este rico y pesado papel á Baltasar, que no creia á sus propios ojos.

—Bien, señor,—dijo conmovido;—que Dios dé á vucencia tanta felicidad como yo para mi deseo, y más aún, como la que deseo á mis hijos que espero, á mis mulatillos: cuando yo digo que esto es un sueño, y que me parece que me voy á encontrar dando vueltas en mi cama y agarrado á la sábana, creyendo que es un bono de cincuenta mil ducados.

—Lo mismo me sucede á mí,—dijo el conde;—me parece que sueño, y sin embargo, no, no sueño: es una realidad dichosísima.

—Apostaria,—dijo Baltasar, mirando de una manera profunda á su amo,—que la señora con quien vucencia se casa es su señora tia la excelentísima señora marquesa de Vallezarzal.

—¿Y qué motivo tienes tú para creer eso, Baltasar?—dijo el conde, á quien habia causado una viva extrañeza la pregunta de su ayuda de cámara.

—La primera razon que tengo,—dijo Baltasar,—

es la extraordinaria hermosura de su excelencia, que á pesar de sus años parece una muchacha, y luego otras razones más concluyentes.

—¡Razones concluyentes respecto á mí y á mi tia en este concepto!—dijo el conde, cuya extrañeza creció.

—Vamos, señor,—dijo Baltasar:—es muy viejo aquello de que el amor y el dinero no pueden estar ocultos; vucencia ha disimulado más; pero en cuanto á su excelencia...

—¡En cuanto á su excelencia! ¿qué?—dijo el conde, cuya extrañeza crecía de momento en momento.

—Señor, cuando vucencia estaba fuera de Madrid durante las jornadas de la córte, cuando vucencia me mandaba por escrito fuese á hacer esto ó lo otro casa de su excelencia, á la señora se le salía por los ojos el amor que tenía á vucencia cuando por vucencia preguntaba; y yo decia para mí:—Me parece que vamos á tener boda. Así se quedará todo en casa.

—Pues te has engañado de una manera doble, Baltasar; has creído en mi tia un amor de mujer, cuando ésta no siente por mí más que un apasionado amor de madre, y has supuesto muy mal cuando has creído en esas bodas. Yo me caso con la señora princesa de Otranto, nieta de los marqueses de Letour.

—¡Ah!—exclamó abriendo mucho la boca Baltasar;—pues está visto que yo no sé por dónde ando.

Recuerden, pues, nuestros lectores que Baltasar

no habia tenido ocasion de conocer á Margarita. Que si bien es cierto que el conde habia alcanzado un coche en el camino del Pardo tres dias antes, en cuyo coche habia visto una mujer, tambien es cierto que Margarita iba completamente encubierta, que Baltasar apenas habia tenido tiempo de verla, y que habia creido que aquello no era otra cosa que una aventura de su amo.

Para Baltasar, la princesa de Otranto y la desconocida del coche, de la que ni aun siquiera se acordaba, eran dos personas distintas.

—Pues que sea por muchos años, señor,—exclamó Baltasar;—y si vucencia me lo permite, vengamos ahora á otra cosa, á mis negocios. ¿Cómo he de hacer yo para casarme esta noche?

—¿No tiene Rita sus papeles?

—Sí, señor.

—¿No los tienes tú tambien?

—Sí, señor.

—Pues entonces, ¿hay más que con esos papeles y tres ó cuatro testigos que declaren que tú eres soltero y que Rita es soltera tambien, pedir te libren un mandamiento cerrado, é irte con él á la parroquia y decirle al cura que te case?

—Es verdad, señor; tengo la cabeza á pájaros; ¿y dónde ha de hacerse la boda? ¿quién ha de ser la madrina?

—La señora de Rita.

—¡Ah! doña Ana; pobre doña Ana cuando sepa que vucencia se casa.

—Lo cual no tienes necesidad de decirlo, Baltasar, —observó el conde.

—Es verdad, señor.

En aquel momento, un maestresala apareció á la puerta, y dijo avanzando y trayendo en una bandeja de plata una carta:

—Del excelentísimo señor marqués de Letour, señor.

El conde tomó la carta y dijo al maestresala:

—Esta carta sin duda exige una contestacion.

—Sí, señor, —contestó el maestresala.

El conde se fué al hueco de un balcon, abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Excelentísimo señor conde de la Salmedina:

»Entre nosotros ha mediado un error grave mio, y otro grave error vuestro, que nos ha traído á una situacion difícil y extrema, resuelta de una manera lamentable para mí: vos perdonareis su error á un moribundo, como este moribundo os perdona la herida de que muere: os espero, os espera tambien vuestra esposa la princesa de Otranto: venid, hijo mio, permitidme que á pesar de todo os llame así:—  
Vuestro por lo poco que le queda de vida,

GODOFREDO DE ARMAGNAC.»

—¡Oh! ¿qué es esto?—exclamó el conde cubierto de sudor:—este hombre, este miserable...

Y guardó la carta en el bolsillo del pecho de su casaca.

Se fué al velador, donde estaba todavía el recado

de escribir que le habia servido Baltasar, y escribió lo siguiente:

«Excelentísimo señor marqués de Letour:—

«Yo os perdono como vos me perdonais; yo deploro con toda mi alma la situacion gravísima en que involuntariamente os he puesto: yo sigo inmediatamente á vuestro criado, portador de esta carta.—  
Vuestro,

LUIS DE AVENDAÑO.»

El conde cerró esta carta.

Llamó al maestresala y se la dió para que la entregase al criado del marqués de Letour.

Esperó luego no más que el tiempo que tardaron en enganchar un carruaje, y partió para la casa de Armagnac.

Capítulo XIII.

Preparativos.

El conde se encontró, al llegar á la casa de De Armagnac, con el Viático, que salia de ella con una grande ostentacion.

En vista de esto, no podia dudarse de que el marqués de Letour estaba en un peligro extremo.

Cuando hubo pasado la larga comitiva del Viático, el conde subió estremecido de impaciencia y de amor, y presa de un cuidado mortal, las anchas escaleras de la magnífica casa que Esquilache habia cedido á Godofredo de Armagnac.

Una servidumbre, ricamente libreada, se veia en el zaguan y en el primer descanso de las escaleras.

El carruaje paró, y el conde de la Salmedina,

entró y pasó, subiendo por las escaleras, entre aquella espléndida servidumbre, que se inclinaba respetuosamente á su paso.

La servidumbre de De Armagnac, por lo que se ve, habia sido completada, ó por lo ménos aumentada.

Al entrar el conde en la primera antecámara, le salió al encuentro un portero de estrado, y le preguntó, inclinado en arco y sonriendo de esa manera fria, estereotípica de todos los altos criados de casa grande cuando llenan una fórmula con arreglo á la etiqueta:

—¿Vuecencia es, sin duda, el excelentísimo señor conde de la Salmedina?

—En efecto,—contestó el conde.

—Ruego á vuecencia tenga la bondad de seguirme,—dijo el portero.

Y adelantó al conde, deteniéndose á cada mampara, y abriéndola y esperando á que el conde pasase para adelantar de nuevo hácia otra mampara, hasta que le entregó á los maestresalas al inmediato servicio del marqués de Letour.

Uno de ellos levantó un portier, y dijo en voz alta:

—El excelentísimo señor capitán general conde de la Salmedina.

Se comprendia que el maestresala habia sido advertido.

Se le recibia en toda forma casa del marqués de Letour al conde.

Cuando éste entró, vió, al fondo de la cámara,

un magnífico lecho de amplia, rica y severa colgadura.

A la cabecera de aquel lecho se veían dos señoras de pié, ricamente vestidas, pero de una manera severa.

A los piés del lecho, de pié también, un religioso dominico.

A alguna distancia, y de pié asimismo, dos hombres vestidos de negro, dos hombres muy afeitados, con peluquines muy pequeños y excesivamente rabiñosos; con gorgueras voluminosas, largos bastones de caña de India con puño de oro, casacas redondas, calzones cortos, medias blancas, zapatos con hevillas y muy cuadrados y muy tiesos.

Y además de esto muy serios.

Eran los dos médicos de cabecera, que pretendían hacerse reparar de una manera digna por el conde de la Salmedina, que podia muy bien, si le agradaban, hacerlos sus médicos de cámara.

¿Y á qué estamos, ó mejor dicho, á qué estaban?

No tenemos que decir quiénes eran las dos señoras y el religioso dominico.

Añadamos que al frente del lecho habia, en la cámara, contra la pared, un magnífico altar, con un gran crucifijo bajo un dosel.

En seis candeleros de plata habia seis blandones encendidos.

Olia allí á incienso.

Habia allí quedado marcado el paso de su majestad, la de los cielos.

Los dos médicos, que no habian permanecido allí sino como de ceremonia y para dejarse ver, cuando hubo entrado el conde se inclinaron, saludando cumplida y respetuosamente.

Se dirigieron á una puerta, y desaparecieron por ella.

Giovaneta y Margarita permanecieron inmóviles.

Pero, devorando con una mirada ansiosa al conde de la Salmedina, que á su vez las abarcaba con una mirada infinita.

El herido sacó un brazo de debajo de las ropas del lecho, y tendió su mano al conde.

Este avanzó.

Tomó aquella mano, y aunque Godofredo de Armagnac le era repulsivo, aunque no podia olvidarse de la villanía de que habia estado á punto de ser víctima tres noches antes, estrechó vivamente aquella mano que se le ofrecia.

Por su parte, De Armagnac oprimia de una manera hartó significativa la mano de don Luis.

Parecia como que, creyéndose próximo á morir, De Armagnac queria arrastrar consigo á la tumba al conde de la Salmedina.

—Como veis,—dijo con voz apagada á causa de su debilidad De Armagnac,—acaba de administrárseme el Viático; lo que quiere decir que voy á partir en breve.

—Yo lo deploro,—dijo Salmedina;—le deploro con toda mi alma.

—Y bien, ¿qué quereis?—dijo De Armagnac.—Yo no debia haber vagado por la noche á las inmediaciones del monte de Boadilla, infestado siempre por mala gente; las imprudencias se pagan caras, y hay que dar gracias á Dios porque me ha dejado tiempo para arreglar mis negocios.

El conde se sentia fuertemente contrariado.

Las palabras de De Armagnac tenían el valor de una comedia lúgubre y punzante.

Todos los que estaban allí sabian que quien le habia puesto en tal estado habia sido el conde de la Salmedina.

Todos sabian por qué razon repugnante habia tenido lugar aquel lance.

—Y bien,—continuó De Armagnac,—mi gran negocio, mi único negocio en estos momentos, es mi nieta la señorita doña Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto. Segun parece, ella y vos os amais, hasta el punto de que no podeis ser felices el uno sin el otro.

Y al decir estas palabras la presion de la mano de De Armagnac sobre la del conde se hizo más fuerte, más enérgica.

Era que De Armagnac trasmitia su ódio y su rabia por medio de aquella presion, extraordinariamente significativa, á don Luis.

—No quiero morir, pues,—continuó De Armagnac,—sin haber hecho por mí mismo vuestra felicidad, sin veros casados. Segun me han dicho los médicos, á quienes yo he obligado á que me digan lo

que á ningun enfermo se dice, viviré probablemente veinticuatro horas. Pero como no se puede fiar gran cosa en las profecias de estos señores, como puede suceder que el Señor no me conceda tantas horas de vida, es necesario no perder tiempo.

La situacion no podia ser más lúgubre, más dramática, más áspera, por decirlo así.

La presion de la mano de De Armagnac, que estaba dominado por una terrible exacerbacion nerviosa, aumentaba.

Tomaba á cada momento un carácter más marcado de odio y de amenaza.

Se comprendia que De Armagnac tenia esperanza de escapar del peligro en que se encontraba, y que, contando con esto, deslindaba perfectamente la situacion reciproca en que debian colocarse en el porvenir él y el conde.

Este, que era bravo é irascible, y sentia dentro de sí la fermentacion de la cólera, se contenia.

Pero estaba pálido é inmutado.

Margarita adivinaba lo que sucedia por la expresion del semblante del conde.

Don fray Lorenzo estaba atento, y desplomaba una mirada profunda, severa, fija, en el semblante de De Armagnac.

En cuanto á Giovaneta, se mostraba contrariada y ansiosa.

El conde, que no sabia qué decir, guardaba silencio.

—Concluyamos, pues, cuanto antes,—dijo De

Armagnac;—yo, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio, os concedo á vos, señor conde de la Salmedina, la mano de mi nieta la princesa de Otranto; como que afuera aguarda un notario mayor del reino, hacedle pasad si gustais, y extenderemos el contrato matrimonial.

—No hace falta contrato,—dijo el conde;—será convenida entre mi esposa y yo la comunidad de bienes.

—Bienes vinculados,—observó De Armagnac;—no podemos olvidarnos del interés de los hijos segundos.

—Yo, además de los bienes vinculados, tengo bienes libres, y es necesario determinar, clasificar, asegurar todos los derechos.

—Yo creo muy bien, señor conde, que no sentis otro interés por mi nieta que el amor; pero lo uno no impide lo otro. Hacedme el favor, padre maestro, de hacer pasar al notario, que debe estar esperando.

Entonces solamente soltó la mano del conde Godofredo de Armagnac.

Poco despues un notario, alto y flaco, pero estrecha y miserablemente vestido, muy limpio, muy sério, y con arreglo á la más extricta conveniencia, entraba en el dormitorio.

Saludó respetuosamente, y colocando su sombrero, que por cierto era gacho, en abierta oposicion á las ideas de Esquilache, sobre un mueble, puso a ve el sellado sobre una mesa que se veia junto al le-

cho, y se sentó para empezar el cometido que se le habia encargado.

Se empezó la elaboracion del contrato artículo por artículo, bajo la voz del marqués de Letour.

De tiempo en tiempo el dominico hacia una observacion, que se tomaba en cuenta.

Cuando De Armagnac hubo terminado la parte que le correspondia, Margarita, y despues el conde, llenaron la suya.

Giovaneta expresó tambien por su parte algunas condiciones.

Una vez terminado el contrato, el notario le leyó con voz aflautada y gangosa.

Se vió que estaba conforme con lo que se habia dicho, y todos los presentes lo firmaron.

El notario se retiró despues de haber hecho tres profundas reverencias.

—Os recomiendo,—dijo De Armagnac al conde de la Salmedina,—y á vos tambien, padre maestro, hagais cuanto estuviere de vuestra parte para que este negocio se termine hoy mismo y en el ménos tiempo posible. Ahora os ruego á todos me dejeis descansar y que me dispenseis de la proximidad de esos médicos que me irritan, porque me miran como si tuvieran á la vista un cadáver. Estoy seguro que ellos no han de retardar ó abreviar el momento funesto. Y además, yo no sé por qué creo que aún me quedan muchos años de vida.

—Dios lo haga,—dijo el conde de la Salmedina.

Despues de esto todos salieron.

Pero cuando repararon Margarita y el conde de la Salmedina, se encontraron solos en un gabinete.

—¡Oh! esto parece un sueño, adorada mia,—exclamó el conde de la Salmedina, asiendo las manos de Margarita y besándolas con delirio.

—No, no,—dijo Margarita:—esto no es un sueño, pero esto es terrible; Dios quiera que no deploramos nunca habernos conocido.

—Yo no lo deploraré jamás,—exclamó el conde,—sobrevenga lo que sobrevenga.

—Yo lo deploraré por tí,—dijo Margarita.

—¡Ah! no,—exclamó el conde,—una sola hora de felicidad contigo, y no importa el precio. Pero adios, no tenemos tiempo que perder: es necesario que yo avise á mi tia, que haga un millon de cosas.

—Sí, vete,—dijo Margarita;—se acerca alguien y no quiero que nos encuentren solos.

El conde besó de nuevo las manos á la jóven, y salió á tiempo que por otra puerta entraban en el gabinete el padre maestro y Giovaneta.

Cuando el conde llegaba al pié de las escaleras, sintió tras sí pasos un tanto rápidos.

Se volvió y vió al padre maestro.

—¡Ah!—dijo;—perdonad, no me habia despedido de vos; ya se ve, estoy loco; lo que me sucede no es para otra cosa; voy á conducirlos al convento en mi coche.

—No, no, amigo mio,—contestó el dominico;—en primer lugar, mi coche me espera, y despues, yo no voy al convento; es necesario que yo haga lo que

me corresponde en este negocio. Id vos á ocuparos del regalo de bodas, y cuando volvais á vuestra casa os encontrareis en ella con el mandamiento cerrado, con la real licencia y con algo más.

El dominico estrechó la mano del conde.

Luego cada uno entró en un coche, y los dos carruajes partieron en distintas direcciones.

El conde de la Salmedina habia mandado le llevasen casa de su tia la marquesa de Vallezarzal.

El dominico á la vicaría.

Por su parte, Giovaneta habia llamado á la marquesa de Esquilache.

## Capítulo XIV.

### De como se improvisa un matrimonio.

En aquellos tiempos el que más tarde se levantaba en España estaba cansado de estar de pié á las ocho de la mañana.

Una más larga permanencia en la cama significaba una enfermedad.

Es verdad que entonces se acostaban temprano.

A las doce, que era verdaderamente la media noche, todo el mundo hacia tres horas que estaba metido entre sábanas.

Hoy, por el contrario, gran número de gentes, especialmente en Madrid, empiezan entre once y doce sus negocios.

Se levantan por la tarde.

Hacen de la comida almuerzo, y cuando se ponen en operaciones ya está muy avanzada la noche.

Muchos años hace no han visto otra luz que la artificial.

El conde encontró, no solamente vestida, sino peinada y empolvada á su hermosa tia, á la vieja jóven.

Ya sabemos que se habia establecido una situacion un tanto difícil entre la tia y el sobrino.

Esta sabia por una franca y sucinta confesion de don Luis, que él en otro tiempo habia estado enamorado de ella.

Don Luis sabia por una indicacion de Baltasar, fruto de sus observaciones y de su experiencia de pícaro, que en otro tiempo su tia habia estado apasionada de él.

La pobre marquesa, que habia sentido renacer su amor y peleaba de nuevo contra él, al ver á don Luis, á quien el sentimiento de la felicidad embellecia, se puso encendida como una cereza, y se le escaparon un traidor suspiro y una traidora mirada.

Don Luis, que como sabemos tenia sus puntas de libertino, aunque de libertino decente, y habia contraído una cierta debilidad por la belleza, cogido de improviso por la turbacion de Magdalena, se aturdió á su vez, se puso pálido y temblon, y se cruzó entre aquellas dos criaturas, á causa de la situacion, una mirada harto significativa.

—Tia,—exclamó don Luis.

Y se acercó á ella y le asió las manos.

—Y bien, ¿qué te trae tan temprano, hijo mio?— contestó la marquesa.

Don Luis hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo como quien despierta de un sueño:

—Es que me caso, tia.

Se puso mortalmente pálida la marquesa, y dijo:

—¿Con ella?

—¿Con quién si no, mi querida tia?—dijo don Luis, soltando las manos de la marquesa despues de haberlas besado cariñosamente.

—¿A pesar de todas las turbiedades que establecen una atmósfera no muy conveniente al rededor de esa señorita?—exclamó la marquesa con un tanto de severidad.

—Es que ya no hay turbiedad alguna, tia: acabo de firmar el contrato matrimonial, y por el consta: primero, que Margarita es hija legitima de monseñor Hugo de Sacy, príncipe de Otranto, senador de Venecia, miembro del Consejo de los Diez, y de doña Luisa Isabel de Armagnac, hija legitima de monseñor Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio, y de madama Juana de Fiori; y resulta además, que es tres veces más rica que yo, lo que me contraria gravemente; ¡si Margarita no supiese que la gran riqueza que ella tiene para mí es su amor y su hermosura!

—¿Y qué hay de aquello de aquel cardenal y de aquel pescador, por lo que toca á esa abuela inverosímil?—dijo la marquesa.

—Yo no podia ni debia meterme en esas hondu-

ras, tia,—dijo el conde;—á más de eso, nadie se meterá en ellas.

—Te parece á tí: cuando ménos nos pensamos nos encontramos con que hay quien cuente con pelos y señales que la abuela de la bella princesa de Otranto, tu mujer, es nieta de una tal muchachuela romana, hija de un pescador y querida de un cardenal; y luego, ¿sabemos de dónde vienen esos marqueses extranjeros y esos principes italianos? Casi todos esos que se vienen entre nosotros han empezado por caballeros de industria ó por otra cosa peor: naturalmente, se van adonde nadie los conoce. Has andado muy ligero, Luis, y has roto además rudamente con las prácticas establecidas: has debido contar siempre con el consejo de familia.

—Mi casamiento se hace en circunstancias excepcionales, tia: puede decirse que es un casamiento *in articulo mortis*.

Magdalena se puso excesivamente pálida.

—¡Pues qué!—exclamó,—¿esa pobre Margarita?

Y los ojos se la llenaron de lágrimas.

Magdalena, como suele decirse, era buena hasta el hueso.

—No, tia; afortunadamente no,—dijo el conde;—Margarita no corre peligro alguno; pero no acontece lo mismo con su abuelo, que está á punto de muerte á causa de una estocada mia, y no quiere morir sin verme casado con su nieta.

—Pero esto es monstruoso, Luis, esto es monstruoso; una nieta que huye aterrada de un abuelo

que la hace el amor, con cuyo abuelo tienes que batirte tú á causa de la nieta, y á quien das una estocada que le pones á la muerte, á pesar de lo que ese abuelo abominable no puede morir tranquilo si no te casas con su nieta, y una nieta que se casa contigo á pesar de haber tú matado á su abuelo.

—Las circunstancias, tia, las circunstancias.

—Pero circunstancias enmarañadas, embrolladas, endiabladas, que yo no comprendo ni puedo comprender, ni quiero, eso ante todo; y sin haber contado siquiera conmigo. Vamos, tú estás loco, Luis... En fin, ello ya está hecho; por fortuna están cubiertas, á lo que creo, las apariencias; cuando sobrevenga el chubasco, que estoy segura sobrevendrá, yo salgo del paso con decir que no sabia nada. Pero, Dios mio, ¿y la canastilla? ¿y la casa? ¿y la servidumbre de tu mujer? ¿y tanto y tanto como hay que arreglar para estas cosas? Y nos encontramos con un escopetazo que no nos da tiempo para nada.

—Pues cabalmente, para eso venia yo á veros, tia.

—¡Bah, bah! todo se arreglará: los diamantes es lo de ménos; los joyeros están siempre dispuestos á vender hasta el fondo de los armarios. En cuanto á la canastilla, yo voy ahora por esas modistas de Dios á ver si las robo algo que sirva. Y en cuanto á casa, ¡bah! mi casa, mi cuarto, mi servidumbre, Luis. Vamos, está visto, que Dios da tiempo para todo.

—Lo que yo veo, tia,—exclamó conmovido don Luis,—es que vos sois un ángel.

—No tan alto, lisonjero, no tan alto; y en todo caso, hijo mio, se trata de ti. Pero de todas maneras, este es un grande apuro. Tengo que pensar tambien en mí misma. Necesito un traje flamante; necesariamente, ¿cómo me presento yo sin un traje á la moda del dia, de la hora, del momento, cuando hoy estas modistas francesas que se nos han venido encima no dejan pasar un sólo dia sin hacer una variacion en el traje? ¡Ah! no importa. Voy á empezar desde ahora. Siéntate, hijo mio, siéntate. Vamos á almorzar juntos. Por almorzar, no perderemos gran tiempo; nos traerán el almuerzo aquí, y entre tanto yo daré las órdenes referentes á la casa.

La marquesa llamó.

Pidió el almuerzo y su mayordomo.

Este se presentó antes que el almuerzo.

—Casa del ebanista al momento,—dijo la marquesa,—y al mismo tiempo casa del tapicero; que envíe mozos que desocupen inmediatamente el salon blanco y sus dos gabinetes; que esto se entapice, se alfombre y se amueble de nuevo; que se varíen los quinqués y las arañas; que se pongan sobre la chimenea del salon uno de esos grandes relojes y uno de esos grandes espejos venecianos, á lo Luis XIV, que están ahora tan de moda; que se renueven tambien los candelabros; que no se deje, en fin, de lo que hay allí, más que la pintura del techo, y esto porque es admirable. El un gabinete será una cámara nupcial,

entendedlo bien, hacedlo entender. Lo quiero todo blanco y oro, sin que se olviden las flores, pero flores contrahechas. Las flores naturales, dejadas en gran abundancia en un dormitorio, matan: ya ha sucedido algun lance funesto. En fin, nuestro tapicero, nuestro ebanista, lo entienden: yo estoy muy contenta de ellos; pero en esta ocasion soy más exigente que nunca. En el otro gabinete debe establecerse un tocador: y oid bien; ¿qué hora tenemos?

—Las nueve de la mañana, señora.

—Pues para las dos de la tarde, es decir, para dentro de cinco horas, es necesario esté hecha esa trasformacion; como que esta noche ha de estar todo dispuesto. Tenemos boda.

—Muy bien, señora.

—Que enganchen una carroza, tengo necesidad de salir.

El mayordomo salió murmurando:

—La señora se nos casa, y se nos casa con su sobrino. Esto era de esperar. Pero tan de sopetón, tan de improviso; ¿y la dispensa, señor? Esto se habrá pedido secretamente. ¡Y que no hayamos olido nada! En fin, bueno; en esta boda ganaremos todos. La señora quiere que todo esté hecho para las dos de la tarde; pues bien: ello estará para la una.

## Capítulo XV.

Hasta qué punto puede llegar la sangre fría de un marido, y hasta qué punto puede verse en una situación difícil quien tiene queridas cuando va á casarse.

Por pronto que terminó el almuerzo, y que tía y sobrino se separaron para ir á activar lo necesario para la boda que debia efectuarse aquella noche, eran ya las diez de la mañana.

Cuando llegó á su casa el conde de la Salmedina, se encontró con que al entrar por el zaguan se le inclinó profundamente un hombre, que sin duda le esperaba.

Aquel hombre estaba vestido decentemente, como un hombre de la clase media, con sombrero apuntado y redingote.

Tenia además una venda negra sobre la frente.

Era, en una palabra, Cosme Calcorra.

—Dispéñeme vucencia, excelentísimo señor,—

le dijo; —pero yo necesitaba saludar á vucencia.

— ¡Ah! — exclamó el conde, reconociéndole al fin. — ¿Vos sois?...

— Sí, señor; yo soy Cosme Calcorra, el que hace tres dias...

— ¿Y cómo os va, señor Cosme Calcorra?

— Muy bien y muy mal, señor conde. En fin, yo venia á ponerme bajo el amparo de vucencia. En cuanto he podido dejar el lecho, he venido. Los criados me han dicho que vucencia estaba fuera, y yo me he tomado la libertad de esperar á vucencia.

— Y bien, pasad, — dijo el conde, que no se atrevió á despedir desde el portal como á un cualquiera á un hombre de cuya mujer era amante.

Calcorra subió sombrero en mano siguiendo al conde.

Como este no consideraba en ninguna manera á Cosme Calcorra persona de un tal respeto que fuese necesario recibirle en el salon, le llevó consigo á su cuarto.

Sobre la mesa, ó más bien sobre el gran velador que habia en el centro, Baltasar habia puesto, de manera que se apercibiesen bien, dos pliegos y una carta.

Calcorra, que era hombre que no entraba en ninguna parte sin inspeccionarlo todo en una rápida y penetrante mirada, vió los dos pliegos y la carta. El uno de los pliegos era de palacio, porque tenia el sello de las armas reales.

El otro pliego de la Vicaria, por el sello, que co-

nocia bien Calcorra, porque como buen polizonte, lo conocia todo.

Pero lo que alteró la sangre y los nervios de Calcorra, lo que le nubló los ojos, lo que estuvo á punto de hacerle dar un grito que le hubiera denunciado, fué la letra del sobre de la carta.

Aquel sobre habia sido escrito por su mujer, por Anita del Rey.

Nuestros lectores comprenderán hasta qué punto debió llegar la emocion de Calcorra al hacer este descubrimiento.

Por fortuna, el conde, ocupado en dejar su capa y su sombrero á un ayuda de cámara, no vió la conmocion de Calcorra; y éste, por una fuerza de espíritu y de voluntad admirables, dominó su conmocion, y se colocó de tal manera y á tal distancia que el conde no pudiese comprender que él habia visto los dos pliegos y la carta que estaban sobre el velador.

Todo esto pasó en muy pocos segundos.

Desembarazado el conde, avanzó, y entonces vió los dos pliegos y la carta.

Los tomó, y cubrió la carta de Anita con los dos pliegos.

—¡Ah, diablo! —dijo para si.—Afortunadamente, ese no ha reparado en la carta de su mujer.

Tan tranquila era, tan indiferente la expresion de Calcorra.

—Y bien, decidme, señor Calcorra, lo que deseais; pero para decírmelo sentaos.

—Gracias, señor conde,—contestó con la voz perfectamente segura Calcorra y con el acento del más profundo respeto;—pero yo estoy muy de prisa y como sobre áscuas. A las nueve he debido ir á la oficina, y son ya las diez y cuarto. Yo hago allí suma falta. Soy muy exacto; pero antes que todo, he querido venir á besar las manos á vucencia y á ponerme bajo su poderosa proteccion; además...

—¿Pues qué os sucede, señor Cosme Calcorra?

—Me sucede una cosa extraña,—dijo éste.—El señor marqués de Esquilache ha tenido noticia del lance del otro dia, y en vez de agradecer el que yo, como empleado y por dar gusto á su excelencia, haya usado, cuando todavía no era obligatorio, el tricornio y el redingote, ha dicho, segun me han dicho:

—Ese empleadillo ha sido muy imprudente, yendo á lugares frecuentados por el pueblo bajo á hacer ostentacion de una reforma que encuentra en ese mismo pueblo bajo una gran oposicion. Esto ha producido una especie de motin, en que se han dado mueras contra mi; y todo por la imprudencia de ese estúpido, á quien tendré presente.

—Descuidad, descuidad, señor Cosme Calcorra,—dijo el conde.—Usad vuestro redingote y vuestro tricornio, ó no los useis, á vuestro gusto. En cuanto á lo de perder vuestra plaza, es ya distinto. La perderéis; pero ganais. ¿Os disgustaria ser, en vez de oficial mayor de la Contaduría de gremios, contador ó tesorero?



—¡Ah, señor! —exclamó sonriendo, al parecer con las muestras de la mayor alegría, Calcorra. —Ser contador del gremio de la Seda colmaria mi ambición. Pero el contador es un bendito, y se llevaria muy á mal se le destituyese.

—Os aseguro que no se le destituirá, sino que se le ascenderá.

—¡Ah! de ese modo...

—Pues por supuesto, señor Calcorra. Vuestro ascenso no causará el disgusto de nadie, yo os lo aseguro. No hay razon alguna para que se despoje á un hombre honrado por favorecer á otro. ¿Y cómo está vuestra familia, señor Calcorra, es decir, vuestra buena esposa?

—Supongo que estará muy bien, señor conde, —dijo Calcorra con la mayor naturalidad.

—Suponer no es saber, —dijo el conde. —¿No está con vos vuestra esposa?

—No ciertamente, señor conde, —dijo Calcorra. —La noche del mismo dia en que recibí la pedrada, como la herida no era cosa de cuidado, y habíamos recibido por la tarde la noticia de que se encontraba en grave peligro de muerte una parienta nuestra en un pueblo inmediato, Ana se fué inmediatamente con la negrita, porque es justo atender á los parientes que se estiman.

—En verdad, en verdad, sois un excelente hombre, señor Calcorra. Me alegro mucho de haberos conocido, y me encargo de vuestros adelantamientos. Venid á verme alguna vez.

—Gracias, señor conde,—dijo Calcorra,—gracias con toda mi alma. No esperaba yo ménos de vuestro favor. Ahora bien; yo pido á vuestro favor la vènia para retirarme; estoy haciendo una urgentísima falta en mi oficina.

—Id, id, señor Calcorra,—dijo el conde;—pero no os olvidéis de que me tenéis á vuestra disposición.

—¡Oh, señor conde!—exclamó Calcorra;—eso es para mí una gran fortuna. Beso las manos á vuestro favor.

Y Calcorra salió.

—Ese bribon,—dijo el conde, cuando se quedó solo,—no se ha apercibido de la carta de su mujer. No, no, indudablemente no. ¡Ah! hubiera sido terriblemente fastidioso. ¿Y por qué me escribirá Anita?

El conde sabia lo que contenia el pliego de palacio y el pliego de la vicaría.

Para él era más desconocida la carta de Anita, aunque entreveía algo.

Baltasar tal vez habria sido indiscreto al anunciar á Rita su casamiento con ella, habria tal vez dejado entrever el casamiento de su amo.

Esto enojaba al conde, porque sabia que Anita tenia el carácter violento y decidido á todo.

Temia una complicacion.

Anita era capaz, si Baltasar habia cometido una imprudencia, de haber escrito á Margarita como le habia escrito á él.

Por esta razon, la carta de Anita era para el conde importantisima.

La abrió con impaciencia, y se tranquilizó.

«No puedo permanecer aquí más tiempo.—decia Anita.—Por entre los visillos de los cristales he visto pasearse á Calcorra por la calle. Esta beata no me inspira confianza. Rita y yo estamos aterradas; aunque ella tiene la compensacion de la alegría que la causa su inmediato casamiento con tu ayuda de cámara, Baltasar.

»Es necesario que vengas á verme al instante, Luis de mi alma.

»Anoche no te ví, y estoy desesperada: no me hagas creer que hay una mujer en el mundo á la que tú amas más que á mí. Yo te adoro y soy capaz por tí de todo.

»Baltasar, que ha venido á dar una sorpresa á Rita, diciendo que esta noche se casan, y trayéndola en prueba de ello un mandamiento cerrado y un bello regalo de bodas, lleva para ti esta carta mia.

»Me quedo esperándote con impaciencia.

»Hasta el momento, porque yo espero que te apresurarás á venir á ver á tú

ANA.»

El conde comprendió lo embarazoso que puede ser una querida, y tanto más cuando esta querida es como Ana del Rey, para un hombre, cuando éste va á contraer matrimonio.

Ana era capaz de todo, y habia necesidad de ir á

tranquilizarla: el conde se decidió, pero antes de salir abrió los dos pliegos.

El uno era del mayordomo mayor del príncipe de Asturias, que contenía la carta siguiente, á la cual estaba unida un oficio del mayordomo mayor del rey.

La carta decía así:

«Mayordomía mayor de su alteza serenísima el señor príncipe de Asturias.

«Excelentísimo señor conde de la Salmedina: Tengo la alta satisfacción de remitir á vuecencia la real licencia que vuecencia ha solicitado para casarse con la excelentísima señora doña Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto: asimismo tengo la satisfacción de comunicar á vuecencia, que sus altezas serenísimos los señores príncipe y princesa de Asturias, en muestra de la gran estimación en que tienen á vuecencia, apadrinarán su casamiento, que se verificará en la capilla real de Palacio. Sus altezas recibirán á la señora princesa de Otranto y á vuecencia á las ocho de la noche.

»Dios guarde á vuecencia muchos años.

»Palacio 20 de Enero de 1766.

»El mayordomo mayor de sus altezas reales,

CONDE DE ALPUENTE.»

—Y bien, hé aquí una nueva situación difícil y enojosa,—exclamó el conde.—¡María Luisa madrina de mis bodas con Margarita! Esto es violento; María Luisa se doblega, obedece; pero al levantarse de su

humillacion hay que temerlo todo de ella. Y bien, ¿qué importa? ¿No nos protege esa poderosa asociacion á que pertenecemos? ¿Por qué temer? ¿Por qué esta inquietud que se apodera de mí? Por Margarita. Y bien, yo la defenderé, yo llegaré á todo por ella.

La verdad era que el conde hubiera querido no existiese ninguna complicacion.

La princesa y Anita le interesaban cada cual en su lugar en su situacion, como ya hemos dicho anteriormente.

Abrió el pliego de la vicaría.

Era, en efecto, un mandamiento cerrado para su desposorio, en que se habia contado con la real licencia como si esta hubiera existido.

El influjo del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco se sentia.

¿Qué habia, pues, que temer?

Pero de otra parte, ¿cómo Calcorra, si segun la carta de Ana habia espiado la casa de la beata, sabia que Anita estaba en ella?

Baltasar sin duda habia sido seguido.

Calcorra lo sabia todo, y sin embargo, habia disimulado de una manera admirable.

Esto era alarmante.

Se conjura un peligro que sabemos nos acometerá frente á frente; pero contra la traicion no hay prevision posible.

No habia otro medio que imposibilitar á Calcorra, y este medio era demasiado extremo.

El conde, pues, tenia necesidad de una explicacion con Anita.

Guardó los dos pliegos y la carta en un bolsillo de su casaca; y salió y se trasladó á la inmediata calle de Cuchilleros, donde estaba la casa de la beata.

Capítulo XVII

En cuanto éste entró en casa de la beata, en cuanto se encontró solo con Ana, ésta se arrojó llorando en sus brazos, y le miró á través de sus lágrimas de una manera ansiosa y terrible á la par. El conde no esperaba aquello, y se asió á ella. La situación en que se encontraba respecto á Ana era más difícil que lo que él creía. Ana estaba desolada y amenazaba á un tiempo con su mirada. Ana lo sabia todo. —No—exclamó Ana de repente, desprendiéndose—

## Capítulo XVI.

En que se ve que no podía ser más difícil la situación en que se encontraba el conde de la Salmedina.

Ana esperaba, en efecto, ansiosa al conde de la Salmedina.

En cuanto éste entró en casa de la beata, en cuanto se encontró sólo con Ana, ésta se arrojó llorando en sus brazos, y le miró á través de sus lágrimas de una manera ansiosa y terrible á la par.

El conde no esperaba aquello, y se alteró.

La situación en que se encontraba respecto á Ana, era más difícil que lo que él creía.

Ana estaba desolada.

Ana suplicaba y amenazaba á un tiempo con su mirada.

Ana lo sabia todo.

—No,—exclamó Ana de repente, desprendiéndose—

se de los brazos del conde, yendo á la puerta del aposento y cerrándola con llave;—tú no saldrás, no, tú no saldrás de aquí, sino pasando por encima de mi cadáver. Tú no te casarás con nadie, porque yo no quiero que te cases, porque yo te adoro, porque estoy loca por tí, porque eres mi vida, porque yo no parto mi vida con nadie. No, Luis, no. Yo lo he abandonado todo por tí. Tú eres mi primer amor. Yo tenia el alma virgen cuando te conocí. ¡Ah, tú no querrás matarme, Luis! porque yo moriré de celos y de rabia si tú te casas. Tú no me matarás.

El conde estaba aturdido.

No era de esos miserables que desconocen los compromisos que han adquirido voluntariamente y que saltan sin escrúpulo, á sangre fria, como si se tratara de nada, atendiendo siempre á su interés ó á pasiones, por encima de ellos.

—Ese miserable Baltasar tiene la culpa,—exclamó irritado.

—No, no, Baltasar no tiene la culpa,—exclamó pálida, descompuesta, airada Anita.—La tienes tú, tú, que eres un traidor, un miserable, que me has engañado, que me has perdido; si tú no me hubieras hablado de amor, yo no hubiera hecho lo que he hecho por tí; yo no hubiera arrostrado la venganza de Calcorra, que es un lobo; no estaria temblando, estremecida de espanto.

—¡Juro á Dios que he de rajar á ese bribon!—dijo el conde, á quien no se le ocurría otra cosa que decir.

—No, no ha sido él,—exclamó Ana; —ha sido ella, ella, que es buena y leal; ella, que sabe que te adoro, y que perderte será para mí una desgracia que me matará.

—¡Rita!—exclamó el conde.

—Sí, señor; Rita, Rita, que tiene muy buen corazón; Rita, que domina á Baltasar, que hace de él lo que quiere; Rita, que al ver que Baltasar se casaba con ella tan de improviso, lo extrañó; vió algo debajo de ello, y se lo hizo confesar todo á Baltasar, que la encargó un profundo secreto, y que creyó que ella no me lo revelaria todo. ¡Ah, y ella es muy buena! Otra hubiera atendido solamente á su interés, me hubiera vendido; pero todos no son como tú. ¡Ah! si yo te hubiera escrito revelándote que sabia que te ibas á casar, no hubieras venido; por eso tomé por pretexto que habia visto pasar á Calcorra por la calle mirando á esta casa: ¡mentira! yo no he visto á Calcorra desde que le dejé aletargado para huir contigo. ¡Ingrato, infame! y me encuentro ahora con que tú amabas á otra, á una noble dama, á una dama riquísima, que no te amará como te amo yo, ó es posible que te engañe, porque esas señoras...

El conde palideció de cólera. Se le hizo insoportable, terrible, aquella injuriosa duda acerca de Margarita, y pasó por sus ojos algo extraño.

—Sí, sí; pégame, maltrátame, exterminame,—dijo Ana, comprendiendo la expresion de la mirada del conde.—¡Qué importa, llega á todo, rebájate has-

ta el nivel de Calcorra, que me ha pegado alguna vez el miserable! Sí, sí, despedázame; pero no me obligarás á que calle de miedo, á que me someta de miedo, Luis, no; yo gritaré, yo haré... No sé lo que haré, pero lo que haré será terrible. ¡Ah, sí! ó ella ó yo. Cásate, cástate en buen hora, Luis; pero no te quejes de lo que suceda. Espéralo todo, témelo todo. ¡Y yo, insensata, que he cerrado la puerta y he guardado la llave! ¿y para qué? No, quédate libre en buen hora. Sal, vete, cástate; pero nos veremos, Luis, nos veremos. Ella y yo, y yo y tú. ¡Ah! pues qué, ¿creías que á mí se me podía burlar, se me podía considerar como á una cualquiera, como una muchachuela perdida, de la cual no hay que temer nada? ¡Ah, no! tú no me conocías; tú no sabías el corazón que tenía yo.

Y Ana se fué á la puerta, la abrió de nuevo, la puso de par en par, y dijo al conde con una altivez, con una fiereza inmensas.

—Sal, vete, cástate.

Ana estaba admirable, pálida, convulsa, trasfigurada.

Parecía haber crecido en estatura y en hermosura.

Miraba al conde con una indomable expresión de amenaza, y sin embargo, sus ojos suplicaban, ansiaban, adoraban, envolvían al conde en una mirada divina, fascinaban.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó don Luis.—Yo no tengo la culpa de nada de esto. Esto es una fatalidad,

Ana. Nos hemos conocido tarde. Todo hombre tiene una historia, cuyas consecuencias no puede evitar.

—Si,—exclamó Ana;—hay que elegir entre la alta dama, entre la dama riquísima que nada ha sacrificado por su amor, y la pobre mujer que lo ha sacrificado todo por su locura. ¡Oh, la duda no es posible! La alta dama es primero: que la otra, la pobre mujer, la desdichada, muera, se la lleve el diablo, ¡qué importa! ¡Ah, esto es horrible! Yo he sido una insensata; yo he creído que había honor y corazón en el mundo. He despertado, y muero. No importa. Sal, vete, cástate.

—Y bien, exclamó el conde:—en el estado en que están las cosas, yo no puedo prescindir de llegar hasta el cabo de casarme: tú no sabes; pero no se apela en vano á mi honor y á mi corazón. Otro prescindiría completamente de tí, pasaría de largo, se olvidaría de lo que de tí hubiese sido; pero yo te veo muriendo, Ana; yo no te conocía, es verdad; yo te amo, Ana mía, yo te amo. Hace un momento que te amo. Yo no te amaba antes, lo comprendo ahora; yo no te conocía.

—Pues bien, no te cases: hazme tu esclava, enciérrame en un subterráneo donde yo no vea el sol: yo viviré para tí y sólo para tí. Pero no te cases, Luis mio, no te cases, porque me vas á matar.

Y se arrojó al cuello del conde desolada, llorando.

Había algo de verdad en lo que el conde la había dicho de no haberla amado hasta entonces.

Una pasión tal, tan elocuente, tan conmovedora,

de tal manera inmensa, habia halagado el amor propio del conde, y no solamente esto: le habia conmovido profundamente.

El conde se embrollaba, se escandalizaba de sí mismo.

No podia comprender que el amor se subdividiese.

Desde el momento en que su enlace con Margarita habia llegado á ser un hecho, por decirlo asi consumado, María Luisa habia crecido en valor para él.

Habia sentido algo doloroso.

El temor de que su casamiento pusiese fin á sus amores con la princesa de Astúrias.

No conocemos lo que para nosotros son las cosas, sino cuando las hemos perdido ó estamos á puntó de perderlas.

Atendidos el carácter y la altivez de María Luisa, el conde no comprendia posible que ésta se relegase á la situacion de querida de un hombre casado.

Aquellas relaciones debian, pues, terminar.

Sabia el conde que María Luisa, consintiendo su enlace con Margarita, obedecia á un mandato que no le era posible resistir.

Pero este mandato no queria decir que la soberbia princesa de Astúrias sucumbiese hasta colocarse en una posicion que la humillase, aunque sólo fuese á los ojos del hombre favorecido.

Verdad es que el amor es una locura, una en-

fermedad del espíritu, avasalladora de la voluntad.

El conde lo conocia por si mismo.

¿Pero seria de esta especie el amor de María Luisa?

Esta era la duda del conde, y esta duda le hacia sufrir.

Establecia una especie de vacío en su alma, que no llenaba, que no podia llenar el amor y la posesion de Margarita.

En cuanto á Ana del Rey, el conde no habia pensado encontrar en ella una dificultad.

Era una mujer casada que habia abandonado á su marido, acostumbrada á la inmoralidad, á causa de la situacion especial en que se habia encontrado colocada.

Pero no sabia el conde de la Salmedina que por más que las apariencias la condenasen, el alma de Ana del Rey no estaba prostituida.

Que habia en ella una elevacion de ideas ignoradas.

Que ella, esclava de su destino, habia hecho una absoluta separacion del espíritu y de la materia.

Que se habia sometido á la dureza de su situacion por debilidad, por cobardia, por miedo.

Pero ella le habia dicho en una sola frase:

—Yo no habia amado nunca; y o tenia el alma virgen cuando te conocí.

Lo mismo le habia dicho hasta la saciedad la princesa de Astúrias.

De manera que el conde se encontraba con tres

amores, que moralmente considerados, valia tanto el uno como el otro.

Porque el sér humano es el alma.

A él se habian consagrado con toda su fe, con toda su voluntad, con todo su deseo, tres almas de mujer.

Estas tres mujeres eran bellas, encantadoras, arrebataadoras, cada cual á su manera.

El conde no era un hombre vulgar.

Para él las categorías sociales, las ventajas del rango y de la fortuna, suponian muy poco cuando se trataba del espíritu.

Cierto es que la más favorecida, la que lo reunia todo, el rango, la riqueza, la hermosura, la pureza del cuerpo y la pureza del alma, era Margarita, la esposa y la amante á un tiempo.

Y hé aquí el embrollo y la turbacion del conde.

No podia prescindir de las otras dos amantes.

El conde no creia en lo absurdo.

Sabia demasiado que lo absurdo no existe.

Porque no existen las negaciones.

Y una de dos entonces: ó él estaba enfermo, ó él estaba loco, ó la sociedad, á cuyas leyes se veia sujeto, no estaba en armonía con la naturaleza.

Y de esto, por lo mismo, resultaban las complicaciones en que se encontraba empeñado.

Ana era un peligro, y la princesa otro por una parte.

Dado caso que se sometiese y no existiese para el conde el peligro de complicaciones más graves, el

conde no podia librarse del sufrimiento causado por el sufrimiento de ellas y por la intranquilidad de su conciencia.

Pensar en que el conde dejase de realizar su enlace con Margarita, era pensar en lo imposible.

Estaba comprometido, obligado á este enlace, por cuantas razones pueden obligar á un hombre.

No podia ni queria prescindir de él.

Y Ana entonces, en el terreno palpitante, terrible, era una protesta y una amenaza contra aquel enlace.

Y aunque María Isabel Luisa se habia prestado á apadrinar aquel enlace, era otra protesta más amenazadora, más terrible.

Aquellos tres amores, en que desde hacia tan poco tiempo se hallaba empeñado el conde, y de una manera tan decisiva, habian provenido el uno del otro.

Y si se buscaba su verdadera procedencia, esta se encontraba en María Luisa.

Si la princesa no hubiera sido imprudente, si con sus miradas furtivas y apasionadas no hubiera dado motivo á la murmuracion de la córte, el marqués de Arosa no se hubiera puesto en el caso de ser retado á un duelo á muerte por el conde de la Salmedina.

Sin este duelo, el caballo desbocado del conde no le hubiera llevado cerca del lugar de donde Margarita se veia obligada á huir, y el conde no se hubiera encontrado con ella.

Sin este suceso, el conde no hubiera tenido necesidad de apelar á los conocimientos que en el palacio del Pardo tenia para ocultar á Margarita.

Si no hubiera entrado en el Palacio del Pardo, no hubieran venido las circunstancias que motivaron su encuentro en los jardines de palacio con María Luisa la noche del quince de Enero, ni hubieran sobrevenido las consecuencias de este encuentro.

Ultimamente, sin la necesidad de poner á Margarita bajo la proteccion de su tia la marquesa de Vallezarzal, no hubiera pasado por el puente de Segovia en ocasion en que Cosme Calcorra era acometido, insultado y estropeado por una turba multa.

El conocimiento con Calcorra le habia llevado á su conocimiento con Ana del Rey.

De modo que los sucesos habian enlazado á aquellas tres mujeres.

Provenian la una de la otra.

Y las tres se habian enamorado hasta la locura del conde de la Salmedina.

Todo lo que sucedia era lógico.

El conde se encontraba con tres mujeres que le amaban con toda su alma.

A las cuales él amaba, estableciendo siempre una gradacion, cuya sucesion era la siguiente:

Primero, Margarita.

Luego, María Luisa.

Despues, Ana.

Y cada una de estas mujeres sentia por él un amor exclusivo, celoso é intransigente.

La preferencia del conde por una de ellas, debía determinar una explosion en las otras dos.

Hé aquí lo difícilísimo de las circunstancias en que el conde se encontraba colocado.

O la posibilidad de haber envuelto en el misterio cada uno de estos tres amores, ó un cataclismo de consecuencias incalculables, una vez excitados los celos y el amor propio de las otras dos.

Hé aquí por qué el conde se encontraba embrollado, escandalizado de sí mismo, y sin saber qué partido tomar.

Ana se abrazaba á su cuello, lloraba, protestaba, amenazaba.

Estaba furiosa.

El conde no podia desprenderse de ella.

—No me abandones,—le dijo,—porque si me abandonas, lo que yo haga no tendrá ejemplo. Me vengaré de tí, como no se ha vengado nunca de un hombre una mujer; no me detendré en nada, aunque para vengarme tenga que despedazarme las entrañas.

El conde sufría más y más.

A cada momento le parecia más hermosa, más terrible, más apasionada, más grande, más seductora, Ana.

Sus ojos negros, lucientes, dilatados, inmensos, abarcaban al conde, le envolvian en un fluido irresistible, le embriagaban.

Palpitaba toda, parecia que toda ella era corazón.

Una embriaguez poderosa acometió al conde.





MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Ah! no; tú no te casarás.